

No apartes la mirada de...

EL DIRECTOR

UNA NOVELA EN EL MUNDO ASYLUM



AUTORA BEST SELLER DE *THE NEW YORK TIMES*

MADELEINE ROUX



EL DIRECTOR

UNA NOVELA EN EL MUNDO ASYLUM



MADELEINE ROUX

Traducción: María Nazareth Ferreira Alves



¿Qué había visto? Y más importante,
¿qué haría al respecto?

Jocelyn podría simplemente huir y dejar todo atrás.
Pero la culpa la carcomería. Había ido allí para ser enfermera.
Para ayudar.

Jocelyn y su mejor amiga, Madge, llegan a las puertas de Brookline, recién egresadas de la escuela de enfermería, ansiosas y emocionadas por comenzar sus nuevas carreras. Pero, desde la primera reunión con el austero director del asilo, sospecharán que su nuevo jefe será algo más que...difícil.

Lo que nunca podrán imaginar es cuán siniestro será todo. Una noche, Jocelyn escucha gritos y empieza a preguntarse si los tratamientos en el asilo son los correctos. Pero el director tiene los ojos en ella y el tratamiento de los pacientes debería ser la menor de sus preocupaciones.

Con una trama que producirá escalofríos a cada vuelta de página y un final sorprendente, El director es una pieza más del espeluznante rompecabezas del mundo de Asylum, una novela aterradora que deleitará a los fanáticos de la saga.



La tentación postrera es la mayor traición:
hacer lo correcto por el motivo equivocado.

T. S. ELIOT, *Asesinato en la catedral*

¿Sabe cuál es mi definición de “idealismo”?

El último lujo de la juventud.

DOUG WRIGHT, *Quills*

The image shows a close-up of a book cover. The cover is a deep green color with a repeating, intricate floral or damask pattern. A small, rectangular, off-white paper label is affixed to the upper left portion of the cover. The label has the word "PRÓLOGO" printed on it in a bold, black, serif font. The paper of the label shows signs of age, with some foxing and small dark spots, particularly near the bottom edge. The overall appearance is that of an antique or vintage book's endpaper or flyleaf.

PRÓLOGO

La exasperante muchacha aún muestra una fuerte inclinación a altruismo. Su ingenua obsesión con la caridad infructuosa podría resultar un obstáculo o un beneficio: solo debo convencerla de que al adoptar mi visión estaría, de hecho, haciendo un bien. Continúo observándola, en especial en lo que se refiere al Catalizador. Al principio, la compasión que siente por su condición me pareció problemática; pero no, utilizaré la creciente conexión entre ambas a mi favor.

–Fragmento de los diarios del director Crawford, junio



CAPÍTULO

No 1

Hospital Brookline, primavera de 1968.

Llovía. Diluviaba, en realidad, algo que Madge, la compañera de autobús de Jocelyn durante las últimas seis horas, se deleitaba en repetir cada dos minutos.

–¿Sabes cuánto tiempo me toma lograr que mis rizos cooperen? – Madge suspiró, de pie junto a Jocelyn en el oscuro pavimento, mientras sostenía un ejemplar de Photoplay sobre su cabeza para protegerse de la lluvia. La revista se dobló por la mitad, vertiendo agua sobre la parte delantera del abrigo de Madge—. Adiós a causar una buena impresión – dijo entre dientes.

Jocelyn sonrió con superioridad, abrigada y seca bajo el horrible, pero indudablemente práctico, gorro plástico de lluvia.

“Parece que tienes un condón en la cabeza, tonta”, se había burlado Madge en el autobús, frunciendo la nariz detrás de su Photoplay, de manera que tanto ella como la imagen a color de Jackie Kennedy observaban a Jocelyn poco impresionadas.

–¿Quién es la tonta ahora? –dijo Jocelyn mientras se volvían hacia el camino.

Atravesaron la persistente nube de humo que había dejado el autobús como indiferente saludo final. El conductor las había observado reiteradamente durante el viaje. Jocelyn no lo había notado al principio y después había pensado que quizás estaba admirando a Madge. Ella era realmente digna de admirar.

Tras algunas quejas de su amiga, comenzaron a taconear a través de los adoquines camino al hospital. Se veía... pues, menos alegre que en los folletos que les habían entregado a la fuerza en las reuniones de contratación. Jocelyn y Madge se habían graduado juntas de Grace Point

en Chicago, con una Licenciatura en Enfermería. Jocelyn con honores, Madge con estilo.

En el folleto, Brookline resplandecía como un faro sobre una roca; blanco, immaculado, con ventanas brillantes y jardines cuidados. Los pacientes reían desde sus camas o sillas de ruedas. Las enfermeras esbozaban sonrisas con la apropiada modestia y sabiduría en los pasillos. Los médicos escudriñaban historiales con bigotes ladeados por la intensidad de su concentración.

–Cielo santo –murmuró Madge, frenando de golpe exactamente en el mismo lugar que Jocelyn.

–No es tan malo –respondió Jocelyn. Se forzó a sonreír, primero mirando el hospital y después a Madge–. ¡Ánimo, princesa! Estamos contratadas. Somos profesionales.

–Profesionales solteras –dijo Madge con una risita–. Oh, cielos, ¿acaso me estoy ruborizando? Creo que me estoy ruborizando. Es demasiado bueno para ser verdad –miró a su alrededor lentamente y su sonrisa flaqueó un poco cuando otro chorro de agua de lluvia caía por delante de ella. Jackie Kennedy se veía bastante desaliñada–. Y yo que deseaba tanto decir: “Ya no estamos en Kansas”. O en Chicago, supongo. Tú entiendes. Pero la lluvia es la misma.

–¿Estás bromeando? Prácticamente somos neoyorquinas –bromeó Jocelyn. Una reja de hierro forjado rodeaba el terreno frente al hospital. El edificio se erguía bastante más atrás, imponente, pero un poco torcido, debido a la cercanía de las nubes oscuras, o bien a los cimientos de mala calidad. Hacia la izquierda, se encontraban los edificios de la Universidad de New Hampshire, pero solo unos pocos estudiantes corrían de un lado al otro por el patio con las cabezas inclinadas bajo sus paraguas. Jocelyn se volvió hacia la reja, se acercó a la puerta y bajó el picaporte, estremeciéndose ante el chirrido de óxido que se oyó a continuación–. Sip. Muy cosmopolita.

–¿Ahora quién es la aguafiestas? Vamos, entremos. Estoy empapada –Madge pasó deprisa junto a ella. Con una mano sostenía

desesperadamente la revista sobre su cabello dorado y con la otra cargaba su único bolso—. ¿Qué esperas? Quiero conocer al personal. ¡Y a los médicos! ¡Y a mi futuro esposo!

Jocelyn puso los ojos en blanco, pero tuvo que sonreír; Madge tenía razón, era un gran día para ambas. Se apresuró por el camino de adoquines y lanzó una mirada rápida hacia arriba cuando creyó ver una silueta en una de las ventanas. Estaba allí y luego desapareció, pero al entrar al hospital, Jocelyn no pudo evitar sentir que la observaban.

CAPÍTULO

No. 2

E

l director Crawford levantó la vista brevemente para mirarla en una página y otra de su solicitud.

Jocelyn se retorció. ¿Acaso no estaba decidido ya? Creía que su solicitud ya había sido aceptada. De otra manera, ¿por qué hubiese hecho el agotador viaje desde Illinois hasta la costa? El trayecto lleno de pozos en el camino, en el frío autobús, no había sido exactamente un placentero recorrido por Tijuana.

Quédate quieta, se recordó. Vista al frente.

La oficina del director estaba sorprendentemente desordenada para tratarse de un médico. Jocelyn siempre había imaginado que los hombres como él debían llevar una vida tan organizada y pulcra como la de un sargento instructor del ejército. Pero se veían papeles que asomaban de cada gaveta del escritorio y de cada gabinete, de forma casi descuidada. Uno de los ojos de Jocelyn se contrajo en un espasmo nervioso. Ella era ordenada por naturaleza, un rasgo de su personalidad que la supervisora de la universidad le había asegurado que la convertía en una excelente candidata para desempeñarse como enfermera. Ser detallista era un requisito indispensable; la enfermería era un trabajo difícil e implacable, con horarios prolongados y muchísima presión y estrés.

Si un cocinero da vuelta la hamburguesa en la parrilla demasiado tarde, la carne se quema, oh bueno, solía decir su supervisora. Si tú cometes un error, un paciente puede morir. ¿Me comprendes, Ash? ¿Vas a dar vuelta la carne demasiado tarde?

Jocelyn se mordió el interior de la mejilla. Odiaba esa imagen. Odiaba que la hiciera pensar en seres humanos como carne.

–Chicago está muy lejos de aquí –comentó con calma el director Crawford. Había cierta picardía en su voz, como si cada cosa que dijera

podiera convertirse repentinamente en una broma—. No creo que nuestra pizza esté a la altura.

—Eso no será un problema, señor —respondió ella secamente—. Me gusta más la crema de almejas.

Eso provocó una risa cálida del director. Se inclinó hacia atrás sobre su silla de cuero y dejó la solicitud a un lado, mientras se quitaba los lentes y los guardaba en el bolsillo de su bata blanca.

—Sentido del humor. Bien. Lo necesitará aquí. Puede ser un trabajo morboso, señorita Ash. A veces, necesitará reír o se arriesgará a perder la cordura.

Jocelyn se encogió. Claro. Humor negro. Madge le había advertido que los médicos podían ser insensibles, incluso groseros. Es solo su manera de hablar, le había dicho. Es la forma que tienen de desahogarse. De todos modos, Jocelyn no podía quejarse; a los médicos los trataban como dioses. Las enfermeras debían ponerse de pie cuando ellos entraban en una habitación, como si fuesen de la realeza, o algo así. Todo el asunto le resultaba irritantemente tirado de los pelos. ¿Acaso nadie quería ponerse de pie por las mujeres que cambiaban los orinales todos los santos días?

—Es usted joven —observó él. Jocelyn se encogió nuevamente. Los labios del director vacilaron entre una sonrisa y una mueca de desaprobación—. Tal vez demasiado joven.

—Mis evaluaciones hablan por sí mismas —dijo ella.

Su voz se había vuelto insegura y se le había pinzado un nervio en el cuello, que la hacía retorcerse de dolor. Sin importar lo que sucediera, no subiría a un autobús de regreso a Chicago.

El director Crawford jugó con sus lentes por un momento. Los tomó de su bolsillo, abrió las patillas y los volvió a dejar donde estaban.

—¿Y qué la atrajo a esta profesión?

—Quiero...

–Y no diga que quiere ayudar a las personas –la interrumpió riendo, con su voz pícara, mientras Jocelyn tartamudeaba hasta quedar en silencio–. Eso es lo que dice todo el mundo.

–Probablemente también sea cierto –respondió ella, quizás con un poco de impertinencia. Nunca supo muy bien cuándo mantener la boca cerrada, y ahora sentía que se le escapaban más palabras sin que pudiera controlarlas–. Debo decir que estoy confundida, señor. Mis profesores de Grace Point me dijeron que había un empleo aquí. ¿Acaso no es así?

El director Crawford inclinó la cabeza hacia atrás bruscamente; Jocelyn no estaba muy segura de si su gesto se debía a que se había sorprendido u ofendido. Tenía un rostro juvenil, pero sus sienes canosas sugerían una edad más distinguida. Y era bien parecido, exactamente el tipo de médico formal pero amable que Madge sin duda deseaba atrapar.

La mirada de Jocelyn se desvió hacia la mano izquierda del hombre que estaba frente a ella. No llevaba anillo. Era extraño que un hombre de su edad estuviera soltero. Dejando de lado las bromas, Crawford no era exactamente una metrópolis desbordante de gente. De seguro debía haber muchas mujeres ansiosas por atrapar a un médico bien parecido, ¿no?

El director juntó los papeles de Jocelyn y los guardó en una de las desordenadas gavetas de su escritorio.

–Terrence, del área de terapia, siempre me advierte acerca de contratar pelirrojas. Dice que son demasiado insolentes. Demasiado enérgicas –el director Crawford se puso de pie, riendo nuevamente, y extendió su mano hacia Jocelyn por encima del escritorio–. Nos vendría bien un poco más de energía por aquí. Este no es un lugar para cobardes, lo que me hace pensar que encajará perfectamente bien aquí, señorita Ash.

Uf. Tenía el empleo, ya podía respirar otra vez y dejar de aferrarse a su gorro de lluvia como si se tratara de un salvavidas.

–Gracias, señor. De verdad, gracias. Y es cierto, ¿sabe? Quiero ayudar a las personas.

–¿No es lo que todos queremos? –murmuró el director, y una luz fría y lejana brilló en su mirada—. ¿No es lo que todos queremos?

x x x x x

Por primera vez en su vida, Jocelyn sentía que no solo tenía un propósito, sino un rumbo claro también. Vio poco a los médicos durante las primeras semanas y aún menos al director Crawford. Le asignaron tareas claras y sencillas, y Jocelyn pronto comenzó a gastar las suelas de sus zapatos al transitar frecuentemente los pasillos entre las habitaciones de los pacientes de la planta baja y el primer piso, cambiando sábanas, distribuyendo diminutos vasos de papel con medicinas y cambiando, desinfectando y devolviendo orinales. Poco a poco, comenzó a reconocer los rostros bajo las pequeñas cofias de papel; las demás enfermeras eran amables, pero ninguna se comparaba con la amistad que tenía con Madge.

Madge, que incluso se las arreglaba para encontrar tiempo para coquetear con auxiliares y médicos por igual; era imposible saber cómo lo hacía. Por su parte, Jocelyn apenas lograba encontrar un minuto libre para almorzar.

Pero no le importaba.

Había esperado tener que pagar “derecho de piso”, pero en cambio, la enfermera Kramer le había asignado algunos de los pacientes más tranquilos. A Jocelyn le agradaba particularmente la señora Small de la habitación 214; su demencia había avanzado hasta tal punto que sus historias cambiaban todos los días pero, de vez en cuando, la anciana describía los viajes de pesca que solía hacer con su esposo y Jocelyn la escuchaba atentamente, mientras le daba un baño de esponja o intentaba persuadirla de comer su desayuno. Se preguntaba dónde estaría el señor Small. ¿Habría muerto antes que su esposa, o habría abandonado a la gentil ancianita? Jocelyn había visto a su propia abuela sucumbir ante una enfermedad similar y había sido la única de su familia

que se había tomado la molestia de hablarle durante los días más difíciles. Los días en que su abuela olvidaba quién era Jocelyn y se asustaba tanto que a veces se volvía violenta.

Eso la había motivado a ser enfermera, esa sensación de injusticia, esa convicción de que nadie, sin importar lo herido o enfermo que estuviera o lo anciano que fuera, merecía enfrentar algo así en soledad.

Jocelyn revisaba la lista de visitas todas las mañanas y al final de todos sus turnos, pero nadie jamás iba a ver a la señora Small. Siempre era una desilusión, pensó esa noche, mientras cerraba el cuaderno con la lista y le sonreía cordialmente a una enfermera que pasaba. La señora Small al menos podía contar con que Jocelyn escuchara sus historias y riera oportunamente.

Para cuando Jocelyn llegó al piso donde estaban los dormitorios de las enfermeras, Madge ya se encontraba dormida en el cuarto que compartían. Jocelyn reunió las fuerzas necesarias para quitarse el uniforme, salpicarse el rostro con un poco de agua en el baño común, cepillarse los dientes y regresar a su habitación arrastrando los pies. Junto a su catre había una pila de libros sin leer. Tan pronto como su cabeza tocaba la almohada, se quedaba profunda y tenebrosamente dormida.

Creyó que los gritos eran parte de sus pesadillas hasta que se volvieron tan fuertes y agudos que hicieron que la cabeza se le partiera de dolor.

Los dormitorios de las enfermeras se encontraban debajo del piso asignado a los médicos y encima del piso para personal diverso y auxiliares. Al encontrarse entre esos pisos, las noches de Jocelyn hasta ese momento habían sido tranquilas. Salió volando de la cama, como si fuera una marioneta jalada de un tirón por un titiritero. Volvió a oír los gritos, igual de estridentes y claros, ahora que estaba despierta. Se había considerado afortunada de compartir un cuarto con Madge, que solo roncaba levemente y dormía como un tronco, con sus grandes ojos de estrella de cine escondidos tras un antifaz floreado. Ahora deseaba

que su amiga estuviese despierta para aconsejarla.

El grito no había tenido ni el más mínimo efecto en Madge.

Pero Jocelyn ya estaba despierta. Dolorosamente despierta. Sentía que la cabeza le iba a estallar, en parte por el cansancio, pero también por la conmoción que le habían causado esos alaridos al atravesar sus sueños como un puñal. Se ajustó la bata de noche encima del pijama y apoyó sus pies (que habían estado tan tibios en la cama) sobre el helado linóleo. Un escalofrío la recorrió desde el suelo. Miró el pequeño reloj azul que estaba en su mesa de noche: eran las dos de la madrugada. Por el amor de Dios, iba a necesitar dormir lo más que pudiera para enfrentar otro día terriblemente atareado.

Este no es un lugar para cobardes.

–Muy cierto –murmuró para sí misma, mientras caminaba sin hacer ruido hacia la ventana. Incluso los cuartos del personal tenían barrotes en las ventanas, que esa noche ocultaban las nubes densas y el aguacero que había caído durante todo el día. Abajo, el suelo estaba empapado y fangoso; los radiantes canteros de tulipanes se habían convertido en fosas llenas de flores desperdigadas, destellos de color como los tristes restos de un desfile.

Al menos, la luz de la luna permitía ver. El cuarto que compartían era pequeño y tenía pocos muebles. Madge ya había pegado algunas imágenes de revistas en la pared encima de su cama, y quien hubiese vivido allí antes que ellas había dejado una estatuilla de cerámica de Minnie Mouse en el alféizar de la ventana. La pintura se había descascarado y daba la impresión de que Minnie había estado en una pelea con Sugar Ray Robinson. Jocelyn levantó la estatuilla y sonrió al ver su boca torcida. Pasó el pulgar por el rostro de Minnie para limpiarlo, pero hizo que se saltara más la pintura barata, pegándose a su piel.

Otro grito proveniente de las entrañas del hospital la sobresaltó y la estatuilla se le escapó de las manos. Golpeó con fuerza el piso de linóleo y se le rajó el cuello. Jocelyn se inclinó para levantarla, tomándola con mucho cuidado por miedo a empeorar la grieta, que era un reflejo de su

terrible jaqueca.

–Maldición –susurró, mientras se ponía de pie y dejaba la estatuilla sobre su mesa de noche.

Con un suspiro, volvió a cerrar su bata, se acercó a Madge y la sacudió para intentar despertarla. Su amiga refunfuñó lanzando manotazos, luego se volteó y continuó roncando. Quizás no era justo privarla del descanso que tanto necesitaba. Y, de todas formas, estaban en un hospital para personas con desequilibrios mentales, se recordó Jocelyn. Los pacientes podían padecer un sinnúmero de enfermedades. De la peor clase. La clase que no se soluciona con vendas o suturas o una dosis rápida de aspirina.

Pero le preocupaba que el grito sonara como el de una niña.

Jocelyn conocía el vestíbulo y los pisos de los pacientes al derecho y al revés. Pero los gritos parecían provenir de muy, muy lejos. Se detuvo en la puerta. Seguramente habría auxiliares asignados para ayudar a la niña. Era muy probable que hubiera enfermeras en ese momento haciendo todo lo posible por calmarla y ayudarla a dormirse nuevamente.

Aun así... Jocelyn no podía concebir regresar a la cama. Sin importar lo que dijera el director Crawford, ella quería ayudar a las personas. Necesitaba ayudar a las personas. Su madre lo llamaba amablemente una vocación, pero Jocelyn sabía qué era en realidad: una compulsión.

Tomó un suéter del armario, se lo puso encima del pijama y dejó la bata cuidadosamente doblada a los pies de su cama. Sus zapatos estaban tan helados como sus pies y otro escalofrío la estremeció mientras salía, con cuidado y en silencio, hacia el pasillo en penumbra.

XXXXXX

Los corredores se iban oscureciendo a medida que descendía por el hospital. Jocelyn se abrazó el suéter contra el estómago mientras caminaba arrastrando los pies con pequeños pasos. Era absurdo que estuviera tan asustada. Estaba en un hospital, ni siquiera se veía tan

diferente a los familiares pasillos de su programa de enfermería o su escuela antes de eso. Aunque no se hubiese quedado demasiado tiempo en ninguno de los dos lugares. Había completado antes sus estudios dando exámenes. Su asesor académico había dicho que tenía el nivel de inteligencia de un genio. Una aptitud increíble. Quería ser doctora, pero había tan pocas mujeres médicas que le pareció una pérdida de tiempo intentarlo. Ser enfermera era la mejor alternativa y quizás algún día la situación cambiaría y podría regresar a la universidad y darle uso a su increíble aptitud. Por el momento, esa aptitud la había catapultado en poco tiempo de la escuela a estudiar enfermería y finalmente al hospital.

Brookline.

El vestíbulo le proporcionó un breve respiro del frío y la oscuridad. Lámparas cálidas y alegres brillaban a todas horas, iluminando el área de espera con sus pulcras sillas azules y pilas enderezadas de revistas. El mostrador de la recepción general estaba vacío a esa hora, pero un joven auxiliar rubio dormitaba tras la ventana del dispensario de medicinas, con el mentón apoyado sobre la palma de su mano.

Aparentemente, los gritos no lo habían molestado.

¿Acaso estaba oyendo cosas? Primero Madge, y ahora el auxiliar.. ¿Cómo podían dormir con tanto ruido? Quizás lo había soñado todo. No. Jocelyn tenía un instinto para ese tipo de cosas. Pasó frente al auxiliar de puntillas, hacia los pisos subterráneos, a los que nunca antes había tenido una razón para siquiera acercarse.

Nadie le había explicado en detalle lo que había allí abajo. Suministros, probablemente; el sinfín de píldoras, frascos y toallas que todo hospital necesitaba y que aparecían cada día en los pisos de los pacientes. ¿Una sala de máquinas, quizás? Pero, fuera lo que fuera, Jocelyn no podía creer que fuese necesario tener a ningún paciente tan lejos de los pisos principales.

Los gritos se habían ido apagando. Jocelyn avanzó de puntillas hasta la oficina del director Crawford y se detuvo. Una luz brillaba por debajo de la puerta. ¿Eran las dos de la mañana y seguía trabajando? Eso sí que

era dedicación.

Sin embargo, no se oía ningún ruido proveniente del interior de la oficina, así que se arriesgó a dar unos pasos más y descubrió un pasillo angosto, aparentemente interminable. Solo unas pocas luces de emergencia evitaban que el corredor fuese completamente imposible de recorrer. Finalmente, justo como suponía, encontró un pasaje que descendía, con la puerta visiblemente entreabierta.

Y ahí fue donde se detuvo.

Ya no se oían más gritos. Quizás alguien se había ocupado de la niña que estaba triste y había logrado que se durmiera otra vez. Jocelyn era suficientemente práctica como para suponer que eso significaba que le habían suministrado una fuerte dosis de sedantes. Sentía curiosidad, desde luego, pero una cosa era curiosidad y otra era imprudencia. Sus primeras semanas de trabajo habían salido bien, ¿por qué arriesgar su puesto por husmear en lugares que no eran de su incumbencia?

Entonces oyó nuevamente el grito, más prolongado, agónico y agudo, distorsionándose hasta formar dos palabras.

Por favor.

Eso fue incentivo más que suficiente. Apretó la mandíbula, resuelta, y bajó las escaleras corriendo, sin pensarlo dos veces. Nadie podía juzgar a Jocelyn, una enfermera, por querer ofrecer consuelo y alivio a un alma en pena. Debía haber sedantes en algún lado. Al menos podría ayudar a la niña a dormirse nuevamente y evitarles a los demás pacientes la angustia de sus gritos.

Y evitármela a mí también, pensó.

Las luces de emergencia se volvieron más escasas. Focos gastados colgaban sobre su cabeza. Las escaleras seguían descendiendo, girando, llevándola mucho más profundo de lo que había anticipado. Vio otros pasillos que se entrecruzaban, puertas cerradas que daban a la escalera. El aire se volvió más frío, más húmedo, un ambiente verdaderamente subterráneo que la hacía sentir que su suéter estaba hecho de papel. Se

frotó los brazos, decidida, pero avanzando más lento, con pasos menos firmes al doblar finalmente la última esquina.

Lo que encontró no era tanto un pasillo sino una sala muy alta y larga. Se extendía hacia delante, directo a la oscuridad, y la sensación de observar un punto de fuga angosto le provocó un nudo en el estómago que le dio náuseas. Jocelyn pasó por debajo de un arco y tiritó al sentir una ráfaga de aire frío que la seguía.

Entrecerró los ojos. ¿Qué podría haber allí abajo? Ese lugar no se parecía en nada a los depósitos limpios y luminosos de Grace Point. No podía concebir ninguna razón para tener nada, y mucho menos a nadie, en un lugar tan lúgubre.

Vio puertas que se alzaban a ambos lados, más altas e intimidantes que las de los pisos superiores. Las pesadas bisagras oxidadas y las ventanas protegidas con barrotes, cubiertas de una suciedad espesa, la hicieron preguntarse si las habitaciones no albergarían las creaciones fallidas del doctor Moreau en lugar de seres humanos atormentados.

El lugar le resultaba demasiado frío y demasiado silencioso; no lucía seguro para los pacientes. Casi parecía muerto.

Entonces la niña gritó nuevamente y esta vez el sonido desgarrador solo fue amortiguado por una puerta, tal vez dos. Y ese alarido hizo que todas las puertas del pasillo cobraran vida. Se agitaron y se sacudieron, con puños que golpeaban el implacable metal y bisagras que crujían ante la repentina violencia. Más voces se unieron a la de la niña; gritos y gemidos. Gruñidos. Risas.

A través del caos, emergió una súplica coherente:

–Ayúdala, ayúdala, ayúdala.

Lentamente, una puerta se abrió más adelante y un pálido rayo de luz apareció sobre el piso sucio del pasillo. Jocelyn no esperó a ver quién o qué saldría de allí. Se maldijo en silencio por ser una cobarde, dio media vuelta y corrió.

XXXXXX

La muchacha es dúctil. Maleable. Como Dennis. No tan entusiasta como Dennis, seguramente, pero pocos lo son. Es insolente y arrogante, pero esa insolencia puede aprovecharse. Dios, no me atrevo a decirlo, pero me recuerda a una versión más joven de mí mismo. No tan resuelta, ni tan talentosa por naturaleza, pero veo destellos de mi pasado, recordatorios de dónde comencé y lo lejos que he llegado. Su talento está siendo desperdiciado, y lo sabe. Ese resentimiento es mi puerta de entrada. Veo grandes posibilidades en ella, pero tendré que abordarla con cuidado. Una demostración será necesaria, para probarle sin duda alguna que, a veces, la enfermedad realmente no puede ser curada.

Poco importa que la enfermedad sea obra mía.

Creo que todavía estoy esperando al mejor candidato para impulsar mi investigación, pero esto resultará una amena distracción hasta ese momento.

–Fragmento de los diarios del director Crawford, fines de abril

CAPÍTULO

No 3

Q ¿qué había visto? Y más importante, ¿qué haría al respecto?

Se dio cuenta de que podía dejar su puesto para siempre, subirse nuevamente a un autobús y marcharse a algún lugar, a cualquier otro lugar. Pero eso significaría dejar atrás a todas esas personas, y llevar consigo sus súplicas de ayuda por el resto de su vida; sin mencionar que Madge quedaría desconsolada. La culpa la carcomería. Había ido allí para ser enfermera. Para ayudar.

Y sabía exactamente a quién pedirle una explicación.

A veces, el mejor camino es el más simple. La medicina es una ciencia clara y noble. Eso era lo que le gustaba de ella. El objetivo es obvio: encontrar el problema y luego encontrar la solución, y al hacerlo, ayudar a un paciente a recuperar una vida sana. El riesgo era grande pero la recompensa era aún mayor.

El director Crawford sabría de qué se trataba lo del sótano. Le daría las respuestas que necesitaba. Le explicaría que lo que había visto era parte de un riesgo necesario.

Pero primero, a desayunar.

La cafetería para el personal se encontraba junto al lugar donde comían los pacientes más estables y de bajo riesgo. Jocelyn siguió con la mirada a las enfermeras que de pronto se alejaban rápidamente de sus huevos y tocino para ocuparse de algún arranque o altercado en el otro comedor. Sus batas blancas se agitaban a sus espaldas como alas mientras corrían.

Frente a ella, Madge devoraba una impresionante pila de hotcakes.

—Tengo uno de esos cuerpos, ¿sabes? —dijo entre bocado y bocado—. Puedo comer cualquier cosa y no engordar ni un gramo.

–Mm...

Jocelyn no quería ser grosera, pero su cerebro no estaba funcionando del todo bien, algo que, por supuesto, Madge había notado.

–¿Sabes lo que funciona muy, muy bien? –preguntó animada, mientras levantaba su cuchara y se la mostraba a Jocelyn–. Deja unas cucharas en el refrigerador durante la noche, por la mañana pon la parte redonda sobre tus ojos y ivoilà! No más ojos hinchados.

–Qué sutil.

Jocelyn no compartía el entusiasmo de Madge por el desayuno. En realidad, normalmente sí lo hubiese compartido, pero esa mañana su mente estaba en otra parte. Un par de bocados de avena y un trago de jugo de naranja era todo lo que conseguía ingerir.

Madge empujó una taza de café negro por la mesa.

–Por si las cucharas no te ayudan a despertar –susurró mientras guiñaba un ojo.

–Se ven animadas esta mañana, señoritas.

Jocelyn levantó la mirada de su café y sintió que su estómago se amargaba anticipando su sabor. El auxiliar que había visto durmiendo en el dispensario estaba allí, apoyando su bandeja junto a Madge. Dejándola muy cerca de la bandeja de Madge.

–Buen día, Tanner.

Jocelyn le lanzó una mirada a Madge, arqueando una ceja, como diciendo: Eso fue rápido.

Su amiga encogió un hombro casi imperceptiblemente y se ruborizó.

–Joss, te presento a Tanner. Tanner, ella es, bueno, Joss –dijo Madge y rio de una forma adorable.

Tanner comenzó a sonrojarse también, como si ya estuviesen preparando el terreno para una futura broma privada. Definitivamente se veía como un Tanner: alto, con cabello rubio peinado con mucho cuidado

hacia un costado, el cuerpo de un atleta de una universidad prestigiosa... Pero había una somnolencia dulce en sus ojos azules grisáceos que convenció a Jocelyn de que el chico no tenía ni una pizca de agresividad en su cuerpo.

Jocelyn bebió un gran trago de café y asintió.

–Te he visto por aquí, pero es agradable por fin conocerte formalmente.

–Lo mismo digo. Bienvenida a Brookline –respondió él con un suspiro–. Puede ser difícil adaptarse a la vida aquí, en especial si es tu primer trabajo. Si tienes algún problema o alguna pregunta, siempre me complace ayudar. Algunos de los médicos se irritan mucho si les pides demasiada ayuda. Les gusta aparentar que están tapados de trabajo.

–¿No lo están? –preguntó Jocelyn. Agregó una sonrisa, no muy convincente, pero él no lo notó.

–Oh, seguro –respondió Tanner–. Pero hay una jerarquía, ¿sabes? El director es el director, los médicos son los médicos. Casi como, eh, casi como en el ejército, de cierto modo.

Jocelyn asintió. Ya lo había percibido, pero sus palabras solo le confirmaban con quién debía hablar primero.

–Me pregunto si debería oscurecerme el cabello –meditó Madge en voz alta, mientras hacía girar un perfecto bucle rubio alrededor de su dedo y llevaba eficazmente la conversación de vuelta hacia ella–. Jackie se ve tan dramática con el cabello negro. Tan misteriosa.

–¿Jackie?

Tanner finalmente había encarado su desayuno pero lo abandonó para mirar a Madge boquiabierto.

–Kennedy, tontito.

–Oh, claro. Por supuesto.

–Bueno, ¿y qué piensas, Tanner? Creo que tal vez intentaré encontrar

un salón de belleza en la ciudad. ¿Crees que Camford siquiera tenga uno? –Madge rio mientras cortaba lo que quedaba de sus panqueques en triángulos perfectos.

–Sería una lástima. Creí que las rubias se divertían más, pero... – respondió él, mucho más interesado en el perfil de Madge que en sus huevos revueltos.

–También trabajan más –dijo ella, frunciendo el ceño mientras les mostraba a ambos su delicado reloj de pulsera–. Es hora de nuestro turno. ¡Deséanos que sea uno fácil!

–Nunca son fáciles –comentó Tanner.

Ansiosa por ponerse en marcha, Jocelyn saltó de su asiento y esperó que nadie notase que casi no había comido ni tocado su café. Tanner extendió su brazo por encima de la mesa y sostuvo a Jocelyn de la muñeca hasta que ella lo miró.

–¿Qué estás...?

–Oye, no te preocupes. Dormir se volverá más fácil –dijo con firmeza.

–¿Qué?

Sabía que tenía ojeras, pero ¿era tan obvio? ¿La habría visto pasar a hurtadillas por el vestíbulo? Siempre había dormido bien antes; solo eran los gritos repentinos que la hacían verse y sentirse terrible.

–A mí también me costaba dormir cuando llegué –agregó Tanner, soltando la muñeca de Jocelyn. Rio, amargamente, mientras negaba con la cabeza–. Es curioso. Creía que oía cosas, pero se me pasó después de un tiempo. Si continúa, habla con el director Crawford. Él puede darte algo para ayudarte.

–¿Qué clase de algo? –preguntó Jocelyn, mientras oía a Madge suspirar con impaciencia detrás de ella.

Tanner se encogió de hombros y volvió a concentrarse en su desayuno.

–No vi la etiqueta. De todas formas funcionó y él es el mé- dico, ¿no?

CAPÍTULO

No 4

La mayoría de las personas odiaban el olor de los hospitales, pero Jocelyn, no. De cierta forma, era una ausencia de aroma. Aire lavado. Lo opuesto al hedor de los caños de escape y los puestos de comida rápida que se veía obligada a respirar en Chicago. Inspiró la particular mezcla de productos de limpieza, fresca, desprovista de cualquier aroma acre o almizcleño, y dejó que llenara todo su cuerpo con esa sensación tranquilizadora de lo correcto. Ese aroma significaba que había milagros ocurriendo a su alrededor. Y allí, en Brookline, esos milagros no tenían que ver con detener hemorragias o recetar medicinas para el corazón; ahí el milagro era llevar a los pacientes de tener una mente fracturada a una sana.

Era casi como magia.

Jocelyn se obligó a poner atención mientras su supervisora, la enfermera Kramer, repasaba con ellas minuciosamente el protocolo del dispensario. Al parecer, habían faltado medicinas y la supervisora quería recordarles cómo señalar lo que se utilizaba y lo que se tiraba. En breve, las liberarían para cumplir con sus tareas, pero Jocelyn estaba atenta, buscando una forma de marcharse antes. Quería hablar con el director Crawford a solas, pero le preocupaba que lo que Tanner le había dicho fuera verdad, que el director no tuviera tiempo para ella ahora que solo era una de las muchas abejas obreras de su colmena.

Así que fijó la vista en el rostro rollizo y suave como el de un bebé de la enfermera Kramer y escuchó mientras repasaba el sistema del hospital para llevar registro de las medicinas y los tranquilizantes que se distribuían a los pacientes, dónde se dejaban las muestras, historiales, notas... La habilidad de Jocelyn para memorizar ese tipo de detalles le había resultado útil durante su entrenamiento y notó con un suspiro que le sería útil otra vez, al ver a Madge saludar a Tanner con un movimiento de sus dedos mientras pasaba.

–Enfermera Fullerton, ¿vamos a tener un problema hoy?

Madge giró la cabeza con un movimiento rápido y usó las mismas grandes pestañas mullidas con las que coqueteaba con los chicos.

–Los historiales van aquí –señaló–. Hay que marcar cada una de las veces que se administra una medicina con lujo de detalles y el doctor Aimes ha estado teniendo una reacción adversa a los lácteos así que si ordena café que sea sin leche.

–No dije nada acerca del doctor Aimes –replicó la enfermera Kramer y sus alegres mejillas se estremecieron con irritación.

Madge se encogió de hombros y puso las manos detrás de la espalda con un gesto inocente.

–Es solo una corazonada.

–La enfermera Fullerton es increíblemente observadora –dijo Jocelyn con modestia.

–Sí. Yo también.

Las chicas se quedaron en silencio y siguieron a la enfermera veterana que salió del diminuto cuarto lleno de compartimentos, las condujo hacia el área de recepción y luego al vestíbulo. Había un hombre y una mujer que esperaban nerviosos, sentados cerca de las revistas, tomados de las manos pero con la mirada fija hacia delante. Se estremecieron al ver a las enfermeras, como si Jocelyn y sus colegas fueran un pelotón de fusilamiento que había ido a buscarlos para su ejecución.

La enfermera Kramer pasó junto a ellos con una apacible sonrisa fija en su rostro.

A pocos pasos del pasillo que llevaba a las salas de visita y de diagnóstico, fueron interceptadas por el director Crawford, que bloqueó repentinamente el pasillo con su robusta contextura, impidiéndoles el paso. La enfermera Kramer dio un brinco y soltó un gritito, sorprendida, pero se recompuso igual de rápido. Sin embargo, Jocelyn notó cómo se

había ruborizado y la forma en que sus ojos comenzaron a recorrer rápidamente los márgenes de su visión. Qué extraño. Podría haber apostado que a la enfermera Kramer se le había acelerado el ritmo cardíaco y que sus pupilas estaban dilatadas.

¿Miedo? ¿Excitación? ¿Qué era exactamente lo que hacía que a la enfermera Kramer le costara tanto mirarlo a los ojos?

–Buenos días, enfermera Kramer. Enfermera Fullerton. Enfermera Ash –se volvió hacia Jocelyn y golpeó sus talones al hacerlo. A diferencia de su oficina, su atuendo estaba immaculado. Sus zapatos de charol prácticamente resplandecían–. Necesito robarme a la enfermera Ash por un momento. Espero que no sea mucha molestia.

–N-no. No, por supuesto que no, señor. Enfermera Ash, vaya ahora, por favor.

Su tono se había vuelto severo, casi desafiante, como si esperara que Jocelyn se negara. Algo que Jocelyn no hizo. Después de todo, esto era exactamente lo que quería. Pero ahora que él estaba ahí, con toda su atención enfocada en ella, Jocelyn comenzó a perder la confianza en su plan. Su futuro laboral estaba en sus manos y si hacía un escándalo podía quedarse sin trabajo antes de que terminara el día.

Sabes lo que viste. Mereces una explicación. Los pacientes merecen una explicación.

–Enseguida, señor, lo sigo –dijo ella animadamente, canalizando a Madge pero sintiendo todo menos alegría en su interior.

XXXXXX

Jocelyn se quedó mirando fijamente la escultura de porcelana que estaba sobre el escritorio del director Crawford. Las regiones del cerebro estaban delimitadas y marcadas con cuidadas letras negras, pintadas a través del cráneo con límites claramente definidos, como si la mente fuera un grupo de naciones.

Su mirada se desvió hacia el director cuando él apoyó sus dedos en las sienes y comenzó a masajearlas. Su oficina se veía ligeramente más

limpia. Quizás una asistente había ido a poner orden.

–¿Necesitaba hablarme? –preguntó Jocelyn para darle pie, tensa.

Sentía que la piel le picaba de frío; era como si la hubiesen hecho pasar al frente de la clase para regañarla, avergonzarla... Pero, ¿por qué querría regañarla el director? No había hecho nada malo.

Tú sabes por qué.

El director Crawford la miró fijamente sin pestañear, acentuando la convicción de Jocelyn de que estaba a punto de despedirla sin cortesías. La idea debería haberla puesto más nerviosa, pero un resquicio de sentido común le decía que estaría mejor lejos de ese lugar.

Aunque eso sería egoísta; algo malo estaba sucediendo y sería una cobarde si le diera la espalda.

–Esto le puede parecer prematuro, enfermera Ash...

Jocelyn se preparó. Ahí estaba. Definitivamente iba a despedirla.

–...pero la he seleccionado para un programa especial. Un programa experimental.

Jocelyn parpadeó robóticamente en respuesta. O bien estaba oyendo cosas, o no la estaba despidiendo; le estaba dando una especie de ascenso.

–¿Dis... disculpe, señor?

El director soltó una risa cálida y curiosa que le recordó a cuando era una niña y la consentían cariñosamente. Se quitó los lentes y los limpió con la parte inferior de su bata blanca. Tomó una pequeña lata de su bolsillo, la abrió con el pulgar y se metió una menta en la boca.

–¿Quiere una? –preguntó, ofreciéndole la lata por encima del escritorio.

Jocelyn negó con la cabeza, todavía un poco aturdida. Entonces ese era el origen del fuerte olor a menta. La oficina del director olía diferente al resto del piso, no tenía ese aroma limpio y antiséptico a hospital que

tanto le agradaba.

–No, gracias. Aún estoy... supongo que todavía estoy preguntándome a qué se refiere con un programa especial. ¿Qué implicaría exactamente? Es decir, todavía ni siquiera he entrado en una rutina aquí.

El director Crawford levantó una mano mientras guardaba las mentas y asentía. Jocelyn se dio cuenta por los suaves sonidos de succión y la deformación de sus mejillas que estaba paseando la menta por su boca.

–Siéntese, por favor. Se lo dije un poco rápido, lo sé.

Jocelyn tomó asiento, agradecida por la presencia sólida de la silla debajo de ella.

Él también se sentó, apoyando los codos sobre el escritorio, y el cráneo de porcelana con los territorios de la mente quedó centrado en medio de ellos, como si estuviese ahí para mediar u observar.

–¿Sabe cómo se llega a dirigir un lugar como este?

Jocelyn tenía cierta idea. Había estudiado la profesión, soñando con algo que sabía que era ridículo a los ojos de la mayoría. El director no necesitaba saber eso. Maldición. La estaba alejando del tema que quería tratar. Pero quizás si aceptaba este nuevo puesto, él la consideraría más valiosa. Si podía volverse una empleada de confianza, tal vez entonces estaría más dispuesto a discutir la extraña situación del sótano más abiertamente.

–Lo sé –respondió ella y se arriesgó a agregar–: Pero no somos precisamente alentadas a esforzarnos por alcanzarlo.

–Ah. Se refiere a las mujeres. Sí. Entiendo. Es una mentalidad arcaica, en realidad. La mayoría de nuestros colegas insisten en que la compasión de una mujer la hace intrínsecamente apta para las profesiones que requieren de prestar cuidados; pero ambos sabemos que este trabajo exige un grado de frialdad, de distanciamiento, que está en directa contraposición con esa creencia.

Jocelyn no pudo evitar coincidir y recordó los últimos, dolorosos días

con su abuela, en los que implementar esa distancia había sido lo único que la había ayudado a sobrevivir. Asintió lentamente, esperando que el director no le estuviera tendiendo una trampa para hacerla tropezar y equivocarse. Tal vez quería saber si tenía chicas arrogantes e insolentes trabajando en su institución.

—Siempre habrá pacientes a los que es imposible ayudar, aunque resulte desagradable decirlo —comentó Jocelyn.

Los ojos del director parecieron brillar ante sus palabras. Bajó levemente la cabeza y la observó, como un depredador a su presa.

—¿En serio cree eso? —preguntó él.

—Yo... —Jocelyn confió en su instinto, se enderezó y respondió con firmeza—. Sí, lo creo. Algunas personas no pueden ser curadas. No en realidad. E insistir en lo contrario es hacer mal uso de los recursos del hospital.

—Usted... es lista. Justo como lo sospechaba; y es la elección correcta para este programa nuevo.

El director Crawford la señaló agitando el dedo, todavía con esa extraña luz en sus ojos.

—¿Qué programa nuevo? —preguntó Jocelyn, quizás en un tono demasiado brusco—. ¿Qué tendría que hacer?

—Es complicado, enfermera Ash. Como dije, es experimental, y tiene que ver con lo que usted expresó de forma tan elocuente: que a algunas personas no se las puede ayudar. Yo soy de la misma opinión, pero lo llevaría un paso adelante. A algunos pacientes es imposible ayudarlos, pero no es imposible utilizarlos.

Jocelyn se quedó inmóvil. La expresión le resultó extraña.

—¿A qué se refiere? —preguntó, retorciéndose en la silla.

El director volvió a limpiar sus lentes con la bata y los guardó en el bolsillo. Luego se puso de pie, apoyó los nudillos sobre el escritorio y se inclinó hacia ella. Su sombra cubrió la figura del cráneo, los archivos y

papeles y, finalmente, el regazo de Jocelyn.

–¿Qué vio en el sótano, enfermera Ash? –le preguntó–. O debería decir, ¿qué cree que vio?

XXXXXX

De todas las situaciones posibles que Jocelyn había considerado la noche anterior y esa mañana, terminar de vuelta en el sótano con el director Crawford no estaba entre ellas. ¿Que la despidieran? Seguro. ¿Que le dieran un sermón? Definitivamente. Este era, en teoría, el mejor desenlace posible. Pero, entonces, ¿por qué sentía que la sangre se le había helado y corría muy lentamente por sus venas? El trayecto le pareció más corto esta vez, quizás porque el director Crawford evidentemente conocía el camino y la escalera estaba bien iluminada de día.

¿Estaba completamente desequilibrada? De esta forma se veía tan inofensivo, tan normal. Quizás las sombras y sus propias inquietudes habían alterado su perspectiva. Era muy posible, sabía lo suficiente de psicología para entender que el contexto y nuestros propios miedos pueden convertir algo inofensivo en una amenaza.

Siguió de cerca a su superior, como si temiera tomar un camino equivocado y no poder volver a encontrar la salida. Tal como lo recordaba, el subsuelo estaba incómodamente frío. El arco alto y siniestro los condujo hacia el pasillo con sus múltiples puertas. Esta vez no había gritos. Las puertas no se sacudieron. De hecho, algunos auxiliares deambulaban por el corredor, con tablillas sujetapapeles en las manos y bandejas repletas de pequeños vasos con agua y píldoras. Le sonreían distraídamente al pasar.

–No fue mi intención husmear –dijo Jocelyn de repente.

Ya se había disculpado en la oficina del director luego de que la acusara de haber estado en el sótano. De que la acusara con razón. En ese momento, el director había desestimado su disculpa con un ademán y ahora volvió a restarle importancia encogiéndose de hombros.

–Sentir curiosidad es natural –respondió con tono despreocupado–. Pero su respuesta quizás no.

–Usted no sabe eso.

Se estaba sobrepasando otra vez. Sabía que eso la metería en problemas si no tenía cuidado.

–Se presentó a trabajar esta mañana –señaló el director–. Hasta donde yo sé, no le dijo nada a nadie, a pesar de haber presenciado algo bastante poco ortodoxo.

–No entendía por qué había pacientes aquí abajo, todavía no lo entiendo, y, francamente, hoy iba a preguntarle al respecto. En su oficina.

–Bien, esto debería bastar como explicación entonces, ¿no?

Jocelyn vio pasar las puertas y se sorprendió de cuántas había en realidad. El hecho de que fuera de día no ayudaba a desterrar el aspecto triste y abandonado de ese piso inferior. El personal podía pintar las paredes de amarillo y poner ositos de peluche en todos los rincones, pero seguiría pareciendo un infierno oculto y despreciable. La humedad seguía siendo agobiante durante el día y, aunque el piso estaba limpio, no todo el lugar se encontraba a la altura de los rigurosos estándares de higiene de otros hospitales.

Y el olor a hospital había desaparecido. No lo había notado hasta ese momento pero, de repente, se volvió ofensivamente evidente. Había un marcado e inconfundible hedor a ser humano sucio que salía a intervalos de las puertas cerradas, como si las habitaciones fueran hornos que calentaban los cuerpos y emanaran una fetidez húmeda a sudor.

–Sótanos. Experimentos. No estoy segura de que esto me agrade –dijo Jocelyn. Guardó las manos en los bolsillos de su pulcro abrigo entallado firmemente abotonado–. ¿Estos son los pacientes más problemáticos?

–Sí, así es –el director se detuvo frente una puerta hacia el final del pasillo. Se paró de puntillas, abrió una ranura en la puerta y miró hacia

adentro, antes de sacar un enorme juego de llaves de su bolsillo—. Han resistido los tratamientos conocidos. Nunca hubiese dicho esto cuando era un joven auxiliar novato, pero algunos de ellos parecen preferir su demencia.

—Eso no es posible —dijo Jocelyn, frunciendo el ceño—. Es una prisión en la que ni siquiera saben que están, ¿cómo podrían preferirla?

—Quizás es una intuición que llega con los años y la experiencia —respondió él, mientras abría la puerta—. Ya lo verá.

Lo dudo.

Pero mantuvo la boca cerrada, consciente de que se estaba acercando a las respuestas que quería de él. ¿Por qué esconder a estas personas? ¿Los auxiliares que estaban allí abajo eran parte de ese extraño nuevo proyecto? ¿Y qué era exactamente lo que esperaba de ella...?

Todavía podía marcharse, se recordó. Técnicamente, Jocelyn aún no había aceptado formar parte de este nuevo programa. Al ingresar a la habitación, notó que el director Crawford la observaba atentamente, escudriñando hasta su más mínima reacción.

La habitación, pequeña pero alta, acolchonada desde el piso hasta el techo, resonaba de frío. Una única ventana dejaba entrar un pálido rayo de sol; estaba ubicada muy, muy arriba y tenía barrotes que tapaban la vista, como en el cuarto de Jocelyn. Dio un paso hacia el interior de la habitación, intentando orientarse. Esa ventana probablemente miraba en la misma dirección que la suya. Había dormido la noche anterior pisos y pisos más arriba y su habitación seguramente estaba situada encima de esa misma celda. Con solo ver a la paciente que estaba ahí, una niña frágil como un pajarito con un camisón andrajoso, Jocelyn supo que había sido ella quien la había despertado con sus gritos.

—¿Tiene... tiene su historial? —preguntó Jocelyn. Habló en voz baja por temor a asustar a la niña.

—Puede revisarlo después.

–Me gustaría revisarlo ahora –insistió, y giró para mirarlo de frente–. Ni siquiera debería estar aquí con ella, no sin conocer su historia.

–Le estoy dando un permiso especial.

Jocelyn oyó la irritación, la impaciencia en su voz.

La niña, que antes había estado dándoles la espalda, finalmente notó su presencia. Se volvió, lentamente, y sus pies descalzos golpearon el suelo mientras caminaba. Tenía los brazos a los lados y su cabello, oscurecido por la grasa y la suciedad, caía lacio y largo por su espalda.

–Estas condiciones... –comenzó a decir Jocelyn, reprimiendo el impulso de volverse y estrangular al hombre que estaba detrás de ella.

¿Cómo podía permitir que un ser humano viviera así? No era correcto. Se le revolvió el estómago y todo su cuerpo se rebeló al observar a la pobre niña descuidada.

–Quiere ayudarla –observó el director Crawford.

–Sí. Sí, por supuesto que quiero ayudarla. ¿Usted no?

Jocelyn le clavó una mirada de impotencia. La niña se había quedado inmóvil, pálida y artificial como porcelana.

–¿Y cómo la ayudaría, enfermera Ash?

Había esquivado la pregunta, pero Jocelyn tenía cosas más importantes en que pensar.

–En primer lugar, le daría un baño. Le daría vestimenta más abrigada. La alojaría en un lugar adecuado para seres humanos. Por Dios, no tendría ni a un perro rabioso aquí.

El director tuvo la delicadeza de encogerse ante esa evaluación de su establecimiento.

Pero entonces tomó los lentes de su bolsillo y volvió a ponérselos con calma. No parecía notar a la niña y cuando sus ojos apuntaban por casualidad en esa dirección, la miraba sin verla.

–Entonces, ayúdela.

Jocelyn sabía que no podía ser así de simple, pero nunca se rendía ante un desafío. El director había lanzado el guante y ella iba a recogerlo, aunque solo fuera para demostrarle que nunca estaba bien darse por vencido y abandonar a una persona, especialmente tratándose de alguien tan joven.

Sus propias palabras imprudentes volvieron a su mente para atormentarla.

Algunas personas no pueden ser curadas. No en realidad. E insistir en lo contrario es hacer mal uso de los recursos del hospital.

Esto era diferente. Se trataba de una niña.

Jocelyn reunió valor y se volvió para mirarla, cambiando la expresión severa de su rostro. Se aproximó con extrema prudencia. Cuando era pequeña siempre había pensado que las enfermeras se veían tan bondadosas e inocentes, como ángeles guardianes con sus immaculados uniformes blancos. Aunque Jocelyn sabía que los ángeles no siempre eran tan buenos. Había leído la Biblia. Pero hoy no era un ángel vengador; no, ese pobre pajarito necesitaba que lo levantaran con manos cálidas y lo llevaran de vuelta a un nido. Era un gorrión caído y debía ser tratado con delicadeza y el máximo cuidado.

Jocelyn se puso en cuclillas y le extendió su mano a la frágil criatura.

–Vamos, pajarito, gorrioncito. ¿Por qué no vienes aquí conmigo? Parece que tienes mucho frío. ¿No te agradecería un baño caliente?

La niña dudó, levantó la mirada del suelo hacia el rostro de Jocelyn y volvió a bajarla. Sus ojos eran como canicas negras, abismos sin fondo.

–¿Cuál es tu nombre, cariño? –preguntó Jocelyn, dejando caer su mano a un lado.

El director Crawford no esperó a que la niña respondiera.

–Lucy. Su nombre es Lucy.

Los ojos oscuros de Lucy se enfocaron y se deslizaron desde Jocelyn hasta el hombre que estaba detrás de ella. Decir su nombre fue como un

maleficio, un conjuro. De pronto, la niña se lanzó hacia adelante, cegada, con los dedos inesperadamente fuertes doblados en forma de garras. Arremetió contra lo que fuera que estuviese en su camino, que resultó ser Jocelyn. Ella esquivó a la niña, se movió con rapidez y apenas logró eludir una de esas garras que se dirigían hacia sus ojos. La aferró por la cintura, la giró y la sujetó, haciendo lo posible por inmovilizar sus brazos.

Oyó que el director Crawford daba un paso firme hacia atrás.

Si esta era la primera prueba, Jocelyn no iba a darse por vencida. Volvió a intentarlo, le bajó los brazos por la fuerza y los sujetó bien. Eso no ayudó a disuadir la ira de Lucy. La niña se retorció y se sacudió, lanzándose hacia adelante y hacia atrás hasta que fue demasiado para Jocelyn.

Soltó a la niña y huyó hacia la puerta. Pero Lucy no la siguió. En lugar de eso, comenzó a correr por la habitación, dando vueltas, tirándose del cabello, golpeándose contra las paredes hasta quedar sin aliento.

Jocelyn se detuvo en la entrada, sintiéndose impotente. Pum. Pum. Pum. Con cada golpe brutal de su cuerpo contra la pared, la niña decía algo, lo susurraba, lo siseaba.

Le tomó un momento entender la palabra y solo la escuchó nítidamente justo cuando el director la sacó de la habitación por el hombro y cerró la puerta.

XXXXXX

—¿Todavía quiere ayudarla?

La pregunta era ridícula. Jocelyn apretó los dientes mientras seguía al director Crawford de vuelta por el sótano hacia la escalera que llevaba a los pisos superiores.

—Sí. Por supuesto.

—Ya vio cómo reaccionó ante la mera sugerencia de un baño — respondió él, mientras tomaba otra menta de su lata y la metía en su boca antes de comenzar a subir la escalera.

El director caminaba con las manos detrás de la espalda. A Jocelyn le pareció escandalosamente despreocupado, teniendo en cuenta lo que acababan de presenciar.

Pero se recordó que así era la vida de los médicos. Si perdieran la compostura ante cada herida, berrinche o mancha de sangre, nunca lograrían hacer nada.

–Creo que reaccionó a usted o a su nombre –respondió Jocelyn–. Discúlpeme si decirlo le resulta ofensivo.

El director Crawford se encogió de hombros.

–Para nada. El caso de Lucy es extraño. Sus padres juran categóricamente que no existen antecedentes de maltrato. Que un día simplemente dejó de hablar. La llevaron a ver especialistas, fonoaudiólogos, hipnotistas; lo que se le ocurra, ellos lo probaron. Entonces comenzaron los arrebatos. Estallidos silenciosos y furiosos, similares a lo que observamos hace un momento.

–Eso fue todo menos silencioso –murmuró Jocelyn mientras se abrazaba a sí misma.

–Los gritos comenzaron cuando vino aquí. Su mutismo persiste entre un episodio y otro, luego algo provoca las crisis histéricas. En general, los hombres. Es más dócil si solo las enfermeras se ocupan de ella. Bañarla y vestirla continúan siendo... un reto.

Jocelyn se detuvo en el rellano y sintió que el ambiente inquietante del sótano la abandonaba, como si fuera una seda helada que se deslizaba por su cuerpo.

–Entonces, ¿por qué entró a la habitación? ¿Quería asustarla deliberadamente? –el director se quedó mirándola con serenidad, arqueando una ceja, en un gesto risueño o irritado.

–Tal vez. Tal vez quería que usted viera exactamente a lo que se enfrentaba.

–¿Y todo esto es parte de su... su programa?

–Lucy y el resto de los pacientes confinados al sótano son casos difíciles. Los métodos tradicionales han resultado ineficaces, contraproducentes, incluso. La medicina debe avanzar, enfermera Ash. Seguro comprende eso –dobló, asumiendo que ella lo seguiría y continuó hablando–. Podríamos sedar a Lucy, es cierto. Podría vivir el resto de una vida larga y malgastada en estado de estupor, o podríamos hacer lo que otros no se atreven a hacer.

Jocelyn sintió que un violento escalofrío recorría su cuerpo.

–Quiere experimentar con ella.

–Lo hace sonar tan espantosamente frankensteiniano –dijo, riendo entre dientes. Habían llegado a la planta baja y el director le sostuvo la puerta para que pasara. Jocelyn se encogió, con miedo incluso de acercarse demasiado a él–. La mayoría de los avances ocurren por accidente. Lo que yo sugiero es mucho más metódico. Hipnotismo, cirugía, tratamiento con medicinas... Estas técnicas a menudo se utilizan independientemente unas de otras, pero preveo un futuro en el que podremos controlar y guiar a estos pacientes de vuelta hacia una vida productiva por medio de una combinación agresiva de las tres.

La condujo rápidamente de regreso a su oficina y al llegar, Jocelyn volvió a inclinarse para pasar junto a él hacia el interior, curiosa y escuchándolo sin poder evitarlo.

–¿Por qué no se ha hecho antes?

–¿Cobardía? –sugirió el director Crawford, mientras caminaba sin prisa hacia su escritorio y se dejaba caer en su silla–. ¿Falta de visión? ¿Temor al fracaso? Supongo que podría escoger la razón que quisiera. Nos encontramos en un momento crucial, enfermera Ash, y para ser la vanguardia debemos ser audaces.

–Yo... no lo sé.

–¿Ayudaría si le pidiese a la enfermera Fullerton que participase también? –preguntó con amabilidad–. Parece ser suficientemente capaz. Quizás entre las dos puedan mantenerme a raya. Dos cabezas piensan

mejor que una y tres piensan todavía mejor, sin duda.

Tenía una sonrisa amplia y blanca, como la de una estrella de cine. Por un instante tuvo un aspecto casi juvenil. Su apariencia hacía imposible saber su verdadera edad, como si siempre oscilara entre la adolescencia y la madurez. Atemporal, diría la madre de Jocelyn. Madge probablemente comentaría lo mismo.

Sentía que algo le carcomía el subconsciente. Jocelyn se aclaró la garganta suavemente antes de hacer su pregunta.

–¿Qué estaba diciendo? Lucy, quiero decir. Esa palabra que repetía... ¿Qué significa?

La sonrisa desapareció.

–Disparates, imagino. Tenemos pacientes aquí que han inventado idiomas completos para desconcertarnos.

Sonaba como español o catalán. No parecía para nada inventado.

El delgado remanente de su sonrisa se quebró en los bordes con impaciencia. Jocelyn consideró rápidamente sus opciones: siempre podía marcharse, pero le preocupaba dejar sola a Madge. Y ahora le preocupaba Lucy. La niña era un ser humano y se merecía una vida mejor que la que tenía en Brookline. Si Jocelyn podía mejorarla, lo haría; y si el director insistía en tratar de curar a Lucy con ideas modernas, Jocelyn estaría ahí para cerciorarse de que no le hiciera más daño que bien.

Según el juramento, lo primero es no hacer daño. Y lo segundo, cerciorarse de que nadie más haga daño tampoco.

–Está bien –dijo deprisa–. Lo haré –tenía un nudo del tamaño de una pelota de golf en la garganta–. ¿Cuándo empezamos?

–Mañana, supongo –respondió el director Crawford alegremente y le guiñó un ojo–. Después de que le cuente las buenas noticias a la enfermera Fullerton.

XXXXXX

El camino está establecido. Ya he instruido a los cocineros y les he suministrado los aderezos necesarios. Sé que el tratamiento funciona con personas vulnerables; será fascinante ver si afecta una mente sana del mismo modo. Aunque, en realidad, es cuestionable que la mente de esa tonta esté verdaderamente sana. No tiene importancia. Será la demostración perfecta; el caso de Lucy es trágico, sí, pero ¿presenciar el descenso de la cordura hacia la demencia? ¿Ser incapaz de detener semejante decadencia? Eso persuadirá a la muchacha y la convertirá en una herramienta afilada para mi uso.

—Fragmento de los diarios del director Crawford, abril

CAPÍTULO

No 5

—*N*o estamos en el Serengueti, Madge. Deja de cazar.

Su amiga pestañeó y se encogió de hombros mientras hacía un gesto inocente, como un niño al que lo descubrieron en plena travesura.

—No tengo idea de a qué te refieres —dijo, golpeando su cadera contra la de Jocelyn, mientras organizaban historiales en la sala de enfermeras. Era una tarea monótona, pero crucial para que los programas funcionaran de manera eficiente.

—Primero Tanner y ahora...

Jocelyn se devanó los sesos intentando recordar el nombre del joven auxiliar mientras se ruborizaba. Su mente era ágil, pero no tenía muy buena memoria para los nombres y los rostros. Era guapo, eso era obvio, y acababa de alejarse del mostrador lanzándole a Madge una mirada seductora y ardiente con los párpados caídos.

—Oh, David —dijo Madge como ronroneando—. Solo es un amigo, lo juro.

Jocelyn dejó lo que estaba haciendo e inclinó la cabeza hacia un lado. Su subconsciente volvió a encenderse y le susurró la palabra que la había seguido desde el sótano a sus rondas y luego hasta su cama esa noche. Había comenzado a repetirla en silencio para sus adentros, para evitar olvidarla.

—Oye, sé que es poco probable, pero ¿aún sigues en contacto con aquel chico con el que salías hace tiempo? Era español o algo así, ¿no? —preguntó Jocelyn.

—Catalán —la corrigió Madge, con un tono un poco brusco.

—¿Todavía hablas con él?

—Por Dios, no —dijo Madge con una risita—. ¿De dónde salió esa

pregunta? No he pensado en Armando desde hace meses.

Jocelyn se encogió de hombros mientras se escarbaba las uñas.

–Solo pensé que quizás podías preguntarle algo por mí. Hay una palabra en catalán que he estado intentando descifrar. Al menos creo que es catalán...

–Bueno, vaya, eso no es ningún problema. Aprendí bastante solo de conocerlo –respondió Madge con una sonrisa. Acomodó un grupo de carpetas golpeándolas sobre el mostrador–. Es un idioma ideal para la seducción.

Jocelyn terminó con su sección del alfabeto, buscando sin querer con la mirada el nombre de Lucy. No vio nada; quizás su información estaba en la mitad de la pila que tenía Madge.

–No es nada por el estilo. Es solo que ayer escuché una palabra que no comprendí. Sonaba como carni... ¿carnie-se? Carneisara... Dios mío, soy un desastre para esto.

–Puaj, espero que no fuera alguien refiriéndose a tus cuidados –bromeó Madge y volvió a golpear su cadera contra la de Jocelyn–. Carnisser. Significa ‘carnicero’. No le clavaste mal la jeringa, ¿o sí?

Jocelyn se olvidó de responder. Carnicero. Carnisser. Y Lucy había comenzado a gritar eso justo después de que el director Crawford dijera su nombre... De pronto, Jocelyn sintió náuseas. Madge ya había sido convocada a la oficina del director esa mañana y había aceptado participar en este “programa” suyo sin dudar. ¿En qué las había metido? Era demasiado tarde para marcharse ahora, lo sabía, porque si lo hacía viviría por siempre preocupada por lo que le pudiera suceder a Lucy. Preguntándose si habría mejorado o si el director la habría dejado en esa húmeda celda hasta que el frío y la oscuridad la devoraran.

–¿Hola? ¿Jocelyn? ¿Fue el atún del almuerzo? Dios, estoy segura de que estaba en mal estado. El mío tenía un sabor extraño, o sea, diferente de como debería ser. ¿Necesitas usar el baño?

Jocelyn negó con la cabeza, tenía la boca seca.

–No. Solo... Sí, quizás necesito un momento.

–Te lo dije. El atún del comedor nunca perdona. Yo me ocupo de esto, tú lárgate de aquí. Acabo de comprar estos zapatos y no voy a dejar que los decore con algo repugnante.

xxxxxx

El agua fría en su rostro fue como una bofetada de realidad. Aunque la hubiese sacado de su aturdimiento por un instante, no cambiaba el hecho de que el rostro que la observaba desde el espejo le resultaba casi desconocido. Luego de dos días de dormir muy poco y estresarse muchísimo, su cabello color fresa, que normalmente se veía brillante, estaba opaco y sin vida. La piel debajo de sus ojos se había vuelto fina y azulada, y a través de su palidez enfermiza se le notaban las venas.

Jocelyn se pellizcó las mejillas y estiró la piel de su rostro hasta que le dolió. No era el atún lo que la hacía sentir mal, lo sabía, casi no había tocado la comida desde que habían llegado. Se sujetó del frío lavabo blanco y suspiró. Esto tenía que cambiar.

Se empujó lejos del lavamanos y dejó que la chispa de una idea se encendiera y se propagara. Era arriesgado, sin duda, quizás incluso estúpido, pero Jocelyn se rehusaba a sentirse impotente. Había aceptado ayudar al director Crawford, pero eso no significaba que no probaría algunos de sus propios métodos poco ortodoxos.

Salió furiosa del baño y se cruzó con Tanner, el auxiliar, mientras caminaba por el pasillo. Eso hizo que modificara su idea un poco, pero solo fue un cambio para mejor. Patinó hasta detenerse con sus prácticos zapatos de tacón, dio media vuelta y tomó al chico del brazo.

Tanner había estado tildando la lista de habitaciones que debían airearse y limpiarse y levantó la cabeza, sorprendido al sentir que Jocelyn lo sujetaba.

–Ey. Oye. ¿Necesitas algo?

Jocelyn asintió, echando un rápido vistazo por el pasillo para asegurarse de que nadie los estuviera observando. No se oía nada,

excepto por el suave murmullo de los pacientes en sus habitaciones más adelante, a su izquierda, y los silbidos despreocupados de Madge en el mostrador de enfermeras, a su derecha.

–¿Puedes conseguir una silla de ruedas?

–Yo... creo que sí, sí. ¿Por qué preguntas?

Tanner la observó detenidamente por encima de sus lentes con montura gruesa, sonriendo a medias.

–¿Podrías conseguirme una incluso si te dijera que no puedo explicarte ahora para qué la necesito?

Eso lo hizo pensar un poco más.

–También es para Madge –agregó Jocelyn. Y con eso bastó.

–Está bien. Bueno, ¿por qué no? ¿La necesitas ahora? –preguntó, bajando su tabla sujetapapeles.

–Espéranos junto a la escalera que lleva al sótano. Ya venimos, ilo prometo!

Entonces se marchó con paso ligero, atenta por si aparecía la enfermera Kramer o alguno de los médicos de guardia. Y especialmente por si veía al director Crawford. Asomó la cabeza por el mostrador de enfermeras y encontró a Madge bailando al ritmo de su propia interpretación silbada de las canciones más populares.

–¡Oye! Tengo una idea. Ven conmigo...

–¿Adónde vamos? –preguntó Madge, pero claramente se apuntaba fuera lo que fuera.

Sus bucles rubios rebotaban mientras seguía a Jocelyn deprisa hacia el vestíbulo y luego al pasillo contiguo.

Jocelyn se apoyó el dedo índice contra los labios mientras pasaba de puntillas frente a la oficina del director Crawford. Pudo ver la silueta del hombre, que caminaba de un lado al otro en el interior. Tomó a Madge de la muñeca y la llevó con cuidado hasta la puerta que conducía al

sótano; la abrió con cautela y bajaron corriendo el primer tramo de las escaleras.

–Puaj. Crawford me trajo aquí esta mañana –dijo Madge entre dientes y sacó la lengua–. Más que repugnante.

–¿Te llevó a ver a Lucy? –susurró Jocelyn.

–¿Qué? No. ¿Quién es Lucy? Me llevó a ver a un paciente llamado Dennis. No hacía más que hablar de White Mountains. “White Mountains, es tan hermoso, es tan tranquilo. White Mountains, te verías tan hermosa en White Mountains”. O sea, ¿qué podía responder a eso?

–¿Era violento? –preguntó Jocelyn, echando un vistazo hacia atrás cuando llegaron al rellano, antes de continuar bajando.

–No me pareció que lo fuera, pero Crawford no me dejó acercarme mucho a él.

Llegaron al sótano y las recibió una ráfaga fría y húmeda que provenía del pasillo donde estaban las habitaciones de los pacientes. Parecía una advertencia. Pero Jocelyn no iba a detenerse ahora. Arrastró a Madge, sin soltarle nunca la muñeca.

–¿Viste su historial? ¿Sus registros? ¿Medicinas?

–No, nada por el estilo –admitió Madge con un suspiro–. Honestamente, Joss, la única razón por la que acepté ser parte de este “programa” es porque tú estás participando.

–Yo tampoco vi el de Lucy.

–¿No viste el qué de Lucy? –preguntó Madge, vacilando bajo el arco que estaba antes del pasillo.

–Su historial. Ni procedimientos anteriores, ni medicinas. Nada. Me da escalofríos, Madge. ¿Por qué no nos lo muestra? Está ocultando algo.

–A la larga va a tener que mostrárnoslo, ¿no?

Jocelyn no tenía una respuesta para eso. Los mismos auxiliares que había visto la última vez patrullaban el corredor y enseguida notaron a

las dos chicas. Jocelyn inventó rápido una mentira y esperó que no sonara demasiado burda. El auxiliar que estaba más cerca, un hombre alto y delgado con cabello canoso y un mentón que se perdía en su cuello, las detuvo a solo unos pasos del arco.

¿Y si solo el director Crawford tenía las llaves de las habitaciones de los pacientes? ¿Y si los auxiliares solo estaban ahí para mantener alejadas a chicas entrometidas como ella? Concluyó que era demasiado tarde como para no preguntar al menos, e imitó una de las sonrisas más radiantes de Madge.

–El director Crawford nos mandó a buscar a Lucy. Quiere examinarla en la sala de operaciones doce.

El auxiliar entrecerró sus pequeños ojos brillantes, que se volvieron más pequeños y más brillantes.

–Nadie me informó sobre esto.

–Fue un... un cambio de último minuto en su agenda. Una familia canceló su visita –Jocelyn mintió como loca mientras le daba un codazo a Madge en las costillas.

–Sí. Visita –tartamudeó Madge–. La cancelaron. Muy triste.

Al parecer, Madge era incluso peor para las mentiras que ella, si es que era posible.

–¿Quiere hacerlo esperar? –lo presionó Jocelyn, frunciendo el ceño–. No creo que quiera hacer eso.

El auxiliar arrugó la nariz y observó detenidamente a cada una de las chicas antes de girar sobre sus talones para dirigirse hacia la habitación de Lucy con fuertes pisotones. Jocelyn cerró con fuerza los ojos, aliviada; eso había estado cerca, y tenía pocas esperanzas de que la suerte siguiera acompañándolas. El director Crawford iba a enterarse de esto y lo único que le quedaba era rezar que fuese compasivo cuando sucediera.

O te despedirá. ¿No? ¿Eso es lo peor que puede hacer?

–Me alegro de que, eh, no tengamos que hacer esperar al director – dijo Madge, intentando poner una voz de enfermera seria que casi hizo reír a Jocelyn.

–La escuché la primera vez, señora. Estoy yendo lo más rápido que puedo –dijo el auxiliar entre dientes, mientras tomaba un juego de llaves de su bolsillo y buscaba una en particular–. Cielos.

No era suficientemente rápido para Jocelyn, que no pudo evitar lanzar una mirada hacia atrás para asegurarse de que Crawford no estuviese ahí, vigilándolas de cerca. Los demás auxiliares las observaban, curiosos, y los nervios de Jocelyn comenzaron a crispase otra vez. ¿Por qué las miraban así? ¿Y por qué no podía apresurarse este idiota y encontrar la llave correcta de una vez...?

Su pulso se aceleró aún más cuando el hombre finalmente abrió la puerta. Habían llegado a la parte del plan que Jocelyn ni siquiera había querido considerar. ¿Y si Lucy se resistía? ¿Y si Jocelyn no lograba que saliera de la habitación sin tener otro episodio?

Pero no iba a dejar que el auxiliar la viera preocupada. En lugar de eso, entró sin inmutarse y Madge la siguió. Entonces, aminoró el paso al encontrar a Lucy de pie en medio de la habitación, alerta, con los ojos bien abiertos, como si las hubiese estado esperando.

–Hola otra vez, Lucy –dijo Jocelyn dulcemente–. Estoy aquí para llevarte arriba, ¿está bien? ¿Vendrás con nosotras?

Para su sorpresa, Lucy saltó hacia adelante y prácticamente salió corriendo de la habitación. Al pasar, tomó a Jocelyn y a Madge de las manos, con una fuerza que no se correspondía con su tamaño y el estado en el que se encontraba.

–Eso fue fácil –murmuró Madge, echando un rápido vistazo hacia atrás mientras corrían por el pasillo.

–¿Tú querrías quedarte en esa celda? –le respondió Jocelyn en un susurro–. Debe estar desesperada por un poco de aire.

CAPÍTULO

No 6

Lucy casi echa a perder el plan cuando llegaron a la planta principal.

Por un momento, Jocelyn estaba segura de que Tanner las había abandonado, pero entonces lo vio aparecer con la silla de ruedas que brillaba como una carroza y sintió que aumentaban sus esperanzas. Por desgracia, esas esperanzas se frustraron cuando pasaron frente a la oficina de Crawford. Lucy reconoció su nombre en la puerta, se puso rígida y abrió la boca muy grande, aterrorizada.

Jocelyn se anticipó al grito de la niña justo a tiempo y le cubrió la boca con la mano, mientras la obligaba a sentarse en la silla de ruedas.

–No, no, no –susurró–. Él no. No vamos a verlo a él. ¡Tanner, llévatela!

–¿A dónde?

–¡Al vestíbulo, a la puerta! ¡Llévala afuera!

–¡¿Afuera?! –siseó Madge en voz baja, mientras trotaba detrás de Jocelyn y Tanner. La silla de ruedas rechinó cuando la giraron y avanzaron a toda velocidad por el pasillo, a través del vestíbulo, frente a las desconcertadas enfermeras que estaban en el mostrador y hacia la puerta principal–. ¡Vas a hacer que nos despidan, Joss!

–Relájate, es solo por un momento, para que pueda tomar un poco de aire y ver el cielo –respondió Jocelyn, sonando más calmada y segura de lo que realmente se sentía.

Por su parte, Lucy se estaba comportando bien. Estaba sentada en silencio, aferrada a los brazos de la silla con todas sus fuerzas pero con la boca bien cerrada. Bueno. Tal vez lograrían salir sin alertar a todo el hospital.

Jocelyn esquivó la silla de ruedas, se adelantó corriendo y llegó a las

puertas antes de que Tanner se estrellara contra ellas. Las abrió deprisa y no pudo evitar sonreír, mientras absorbía la mirada de asombro y emoción que se instaló en el rostro de Lucy cuando la luz del sol se posó sobre su regazo.

–¿Esto tiene algún sentido? –preguntó Madge, mientras observaba a Tanner empujar a la niña por el sendero hacia un área con sombra que estaba justo a la derecha del hospital. Se detuvieron cerca de un cantero de tulipanes. Todas las flores estaban encorvadas después de tantas noches de lluvia, pero todavía les quedaban algunos pétalos–. Aparte de hacer que nos despidan a todos, claro...

–¿Acaso el “programa” no se trata de tratamientos poco ortodoxos? –preguntó Jocelyn encogiéndose de hombros–. Quizás Lucy solo necesitaba un poco de aire fresco. No puede hacer daño.

–Sí, sí puede –respondió Madge–. ¿Y si sale corriendo y no podemos atraparla?

–Hay una reja.

–¿Y si... no lo sé, se sobrexcita o algo así?! ¿Y si tiene una alergia mortal a los tulipanes? ¿O al césped? ¿Y si contrae neumonía y se muere?

–Cielos, ¿siempre eres así de cuadrada? –se burló Tanner. Les sonrió, disfrutando, al parecer, de su pequeña fuga y sus ojos azules brillaron tras los gruesos lentes–. Traemos a los pacientes afuera todo el tiempo para paseos terapéuticos. No es tan inusual, Madge.

–¡No puedes decirme cuadrada y después simular que nos conocemos bien y llamarme por mi primer nombre! –chilló su amiga, mientras caminaba de un lado a otro. Sus labios muy rojos se curvaron hacia abajo en un gesto enfadado. Pero entonces se detuvo y observó a Lucy desde un costado, mientras la niña simplemente se quedaba sentada en la silla de ruedas, estirando sus piernas desgarradas y rozando la hierba con las plantas de sus pies–. Está bien, puedo reconocer que se ve... mejor.

–No eres tan cuadrada entonces –dijo Tanner con una sonrisa de satisfacción.

–¿Cómo te sientes, Lucy? –preguntó Jocelyn.

Decidió ignorar las miraditas enamoradas que comenzaron a lanzarse los otros dos. No imaginaba cómo alguien podía encontrar romántico el ambiente de un hospital. Y no esperaba una respuesta de Lucy, pero le hizo la pregunta de todas formas. Se puso en cuclillas frente a la silla de ruedas y observó a la niña.

Los grandes ojos negros de Lucy recorrieron el descuidado jardín; contempló la reja, los árboles, las volutas de neblina que ascendían desde la pintoresca ciudad. Era imposible saber qué podría estar pensando, pero al menos no estaba gritando.

Jocelyn extendió su mano despacio, con cuidado, y esperó a ver si Lucy se encogía o retrocedía. Pero la niña no hizo nada, solo observó la mano de la enfermera que se acercaba cada vez más y después cerró los ojos cuando Jocelyn le acomodó un mechón de cabello detrás de la oreja.

Diría que eso era un avance.

–Bueno –dijo Jocelyn–. Creo que podemos mejorar mucho, Lucy. Creo que podemos ayudarnos mutuamente. No tienes que decir nada, ¿está bien? Nadie espera que digas nada.

–Carnisser.

Jocelyn parpadeó. Los otros dos también se callaron.

–El carnicero –dijo Jocelyn en voz baja y vio que Lucy asentía–. ¿Tú... tú crees que alguien de Brookline es un carnicero?

–Sí. Vostè coneix al carnisser. El carnisser de Brookline –su voz era aguda, remilgada.

Jocelyn poco a poco desvió su mirada hacia Madge, que tragó ruidosamente antes de decir:

–“Sí, usted conoce al carnicero. El carnicero de Brookline”. Eso... eso fue lo que dijo, Joss.

Jocelyn se volvió hacia Lucy para preguntarle más, pero la niña había tomado su mano y la sujetaba con fuerza entre sus pequeñas palmas frías. Ni siquiera el sol parecía poder descongelar su piel.

–Quiere abrirme la cabeza –le dijo la niña con un ligero acento–. Quiere abrirla y sacar lo que está adentro.

–Lucy, realmente no creo que eso sea verdad –dijo Jocelyn–. Pero me alegro de que me estés hablando. Eres muy valiente y estoy muy, pero muy orgullosa de ti. ¿Estar afuera te hace sentir mejor? Sé que a mí sí.

Lucy entrecerró los ojos y estudió a Jocelyn como si fuese una criatura lastimeramente estúpida. La hizo sentir insignificante, como si Lucy fuese mucho mayor que ella, increíblemente más vieja, un alma que había visto y hecho cosas que Jocelyn no podía ni siquiera comprender.

La niña le soltó la mano y volvió a poner las suyas sobre los brazos de la silla de ruedas.

–No deje que me abra la cabeza –dijo–. Y ahora me gustaría volver adentro.

XXXXXX

Un acto de rebeldía. Perfecto. No podría haber ideado una mejor forma de abrir una brecha entre ellas. Un inconveniente menor se ha resuelto: mis suministros se estaban agotando con el paso de los años desde mi entrenamiento inicial y temí que los suplementos se terminaran definitivamente. Pero querer es poder, y donde existe una necesidad aparece la codicia. Trax Corp. servirá bien por el momento, mientras demuestren ser socios discretos y dignos de confianza.

Y lo que es todavía más emocionante, el paciente que he estado esperando se ha presentado. Años de expectativa han llevado a este momento y casi no puedo describir lo que siento. Euforia. Alivio. El Paciente Cero ha aparecido y ahora mi trabajo comienza realmente.

–Fragmento de los diarios del director Crawford, mayo

CAPÍTULO

No 7

*E*l martillazo del castigo nunca llegó. Pero Jocelyn lo siguió esperando. Lo esperó durante días. Se acostaba nerviosa y se levantaba sin haber descansado; aturdida, tan distraída que incluso la señora Small, atrapada en su demencia, lo notó y le hizo un comentario acerca de su comportamiento. Durante el desayuno oía los susurros de las enfermeras que chismeaban acerca de la ya infame fuga, y mantenían su distancia para no verse implicadas; pero a ninguno de los tres jamás los llamaron a la oficina del director Crawford para ser sancionados.

Cuando lo mencionaba, el director simplemente se refería al hecho como "ese pequeño incidente" y continuaba hablando.

Hacía que a Jocelyn se le revolviere el estómago de ansiedad y también hizo que se diera cuenta de que en realidad sí había estado intentando hacer que los despidieran.

Era sabotaje del más obvio, y había sido pasado por alto completamente.

Jocelyn se sentó en su cama antes de otro día ocupado, trenzando su cabello para luego enroscarlo en un rodete y sujetarlo. La lluvia de primavera había comenzado otra vez, más suave ahora que ya habían pasado algunas semanas y mayo estaba cerca. Madge se encontraba de pie junto a su ropero, escogiendo un par de medias de nylon para ese día.

—Pobrecita —dijo Jocelyn mientras terminaba con su cabello, y se inclinó hacia la mesita de noche para tomar la estatuilla rajada de Minnie Mouse—. ¿Te conté? La rompí una de las primeras noches que estuvimos aquí. Tú ni te despertaste.

Hasta le había preguntado a la enfermera Kramer si podía tomar prestados algunos de los suministros que los pacientes utilizaban para

hacer manualidades para arreglar la rajadura, pero ella le había respondido bruscamente.

“Los materiales para las manualidades terapéuticas no son para fines frívolos”, había dicho.

Por algún motivo, tenía la sensación de que si cualquier otra enfermera se lo hubiera pedido, la solicitud le habría sido concedida.

–Ajá. Creo que me lo contaste.

–¿Eso es todo? Por lo general me regañas cuando te cuento algo dos veces –Jocelyn rio, pero su risa se fue apagando lentamente al levantar la mirada de la estatuilla y ver a su amiga. Antes no le había prestado atención a la manera en que Madge escogía sus medias, pero ahora la observó con más detenimiento y notó que había levantado cada par limpio, uno tras otro, los había sujetado por un momento y los había vuelto a poner en su lugar. Repitió el mismo extraño ritual tres veces más antes de que Jocelyn finalmente dijera algo.

»Quizás deberíamos acostarnos más temprano –sugirió, mientras dejaba a Minnie de vuelta en la mesita y se ponía de pie. Se alisó la parte delantera del uniforme–. Prácticamente estás caminando dormida.

–¿Lo estoy?

Jocelyn frunció el ceño, se acercó hasta donde estaba su amiga junto al ropero y levantó un par de medias de nylon lisas, color piel.

–Estas están bien. Las que tienen la costura en la parte de atrás me parecen un poco... osadas. Guárdalas para cuando tengas una cita.

–Bueno –dijo Madge y le arrancó las medias de las manos–. Deberíamos ir a desayunar. Estoy muerta de hambre.

Jocelyn asintió y se dirigió hacia la puerta mientras su amiga terminaba de vestirse. Había intentado no ver el cambio de Madge, que ahora la trataba de un modo muy similar a las otras enfermeras. Llevar a Lucy a ese paseo en silla de ruedas había convertido a Jocelyn en una paria, pero nunca esperó sentirlo también de parte de su amiga. El

cambio era sutil, pero ella lo veía. ¿Cómo podría no verlo? Madge era su única aliada en ese lugar. Pero parecía no ser solo un cambio de actitud... Parecía fumar más, salía a tomar descansos con más frecuencia y llevaba siempre consigo un pequeño paquete de píldoras que mascaba todo el tiempo, a veces tan ruidosamente que Jocelyn quería trepar por las paredes.

La única vez que le pidió una, Madge le lanzó una mirada asesina y se negó rotundamente.

Al menos, Tanner todavía le hablaba de vez en cuando.

Todos aquí son tan maravillosos, mamá. Tan cálidos. Amables, de verdad. Estarías tan orgullosa de cómo nos está yendo a mí y a Madge. El director nos ha tomado simpatía y creo que eso señala un futuro brillante para las dos.

Se estremeció al recordar cuando le había escrito a su familia. Tres borradores habían terminado arrugados y rasgados debajo de la cama porque contaban la verdad. Incluso escribirlo todo le había resultado curiosamente catártico: las largas jornadas, las extrañas solicitudes que cumplían para el director Crawford ("Siéntese con los pacientes entre estas horas y estas horas, utilice estas palabras con ellos pero no estas otras, deles exactamente esta clase de comida"), los secretos, el frío penetrante del sótano, los violentos episodios de gritos...

Pero Jocelyn no pudo decidirse a enviar esas cartas. Su madre se preocuparía, y ella no podía tolerar eso.

Al menos, había un detalle positivo del que podía escribir, pensó, mientras sonreía a medias: Lucy había mejorado realmente durante las últimas semanas. Crawford incluso había alentado a Jocelyn a llevar afuera a la niña un par de veces más, y mientras él se mantuviera fuera de vista, el tiempo que pasaban al aire libre parecía calmar y fortalecer a la niña, aunque jamás hubiera dicho otra palabra después de ese primer

paseo.

Jocelyn volvió a la realidad y se encontró con que Madge ya se había puesto las medias y los zapatos y había ido hasta la mesita de noche. Estaba sosteniendo la estatuilla de Minnie Mouse y se mecía, casi imperceptiblemente, hacia adelante y hacia atrás.

–¿Madge? Deberíamos ponernos en marcha, ¿no crees?

Los bucles rubios y elásticos de Madge se levantaron de pronto, al mismo tiempo que inspiraba y dejaba la estatuilla de vuelta sobre la mesita.

–Solo la estaba observando. Me recordó a nuestro viaje a Disneylandia cuando tenía nueve años.

–No sabía que habías ido a Disneylandia –dijo Jocelyn, con una gran sonrisa–. Siempre he querido ir. Parece tan mágico.

–Lo fue –comentó Madge y también sonrió al recordarlo, mientras seguía a Jocelyn fuera del cuarto hacia el pasillo–. Lo fue. Trepé a una banca porque una multitud se había reunido alrededor de Mickey. Mi padre me dijo que me quedara quieta y tuviese paciencia, pero no podía. Trepé a una banca para ver mejor. Recuerdo que me dijo: “¡Cuidado, muñeca, vas a caerte! No te caigas y te lastimes esa cara bonita”. Pero, por supuesto, estaba tan entusiasmada que sí me caí y aterricé justo sobre mi estúpida cara. Mickey se aproximó porque comencé a llorar desconsoladamente –Madge se encogió de hombros y resopló–. Así que supongo que al final conseguí lo que quería.

–Deberíamos ir juntas –sugirió Jocelyn animadamente–. Quizás el próximo verano. Tendré algo de dinero ahorrado para entonces. Sería agradable hacer un viaje.

–Me gustaría volver. Esta vez no me treparé a ninguna banca.

Comieron en su mesa de siempre. Madge permaneció en silencio mientras devoraba los huevos y la avena cocida que tenía en su bandeja. Parecía tomarles más tiempo buscar su comida por esos días, pero a Jocelyn no le importaba. Su apetito había mejorado, pero no mucho.

Madge, por otro lado, estaba más hambrienta que nunca. Había engordado un poco, pero solo se veía más bonita; Jocelyn estaba casi segura de que nada podía quitarle su encanto a Madge.

Los auxiliares lo habían notado, por supuesto; David y los otros se arremolinaban como buitres a su alrededor, cada vez que Madge se contoneaba por el pasillo sola, pero ella solo tenía ojos para Tanner. Y eso, en general, jugaba a su favor, teniendo en cuenta que el chico prácticamente se babeaba cada vez que la veía.

–Enfermera Ash.

Jocelyn se sobresaltó, dejó caer la cuchara en su avena y se salpicó el uniforme. Se apresuró a limpiarse con la servilleta, mientras se daba vuelta para encontrar al director Crawford de pie junto a ella con la mano apoyada en la mesa, junto a su bandeja. Madge, al parecer, había estado demasiado absorta en sus huevos revueltos como para notar que se aproximaba.

–Veo que está disfrutando de un desayuno relajado –quitó la mano de la mesa y buscó una menta en su bolsillo, luego se aclaró la garganta y señaló la salida con la cabeza–. Necesito verla en mi oficina.

–Terminaré en solo un...

–Ahora.

Jocelyn se puso pálida. Nunca antes le había hablado en ese tono. Colocó su servilleta y su bebida rápidamente en la bandeja y se apresuró a dejarla en el mostrador de entrega. Cuando regresó, Madge le lanzó un saludo rápido y nervioso con la mano. Jocelyn no se atrevió a devolvérselo.

Oh, Dios. ¿Estaba en problemas? Mientras lo seguía fuera del comedor, Jocelyn repasó todo lo que había hecho el día anterior. Era posible que le hubiese dado a alguien el medicamento incorrecto o la dosis equivocada, o podría haber olvidado registrar sus rondas correctamente. ¡Pero eso era tan improbable! Prestaba excelente atención a los detalles, incluso cuando estaba cansada, incluso cuando

estaba bajo inmensa presión...

–Puede relajarse, enfermera Ash. Todo está bien.

–Es solo que no suele convocarme de esta manera, señor...

El director Crawford rio por lo bajo, mientras asentía y mascaba ruidosamente la menta.

–Hoy es un día inusual. Hoy es un día especial.

¿Especial? A Jocelyn no le gustaba la forma en que se había demorado en esa palabra. Llegaron a la oficina, pero solo se detuvieron allí un momento. Ella permaneció junto a la puerta y lo observó recoger una pila de archivos de su escritorio y un maletín de cuero que sabía que contenía su instrumental médico. A diferencia de su oficina, mantenía su instrumental en perfecto orden, un hecho que Jocelyn había observado en las raras ocasiones en que siquiera lo llevaba consigo en sus rondas.

Descendieron al sótano. A Jocelyn todavía le resultaba perturbador el trayecto. Sin importar cuántas veces recorriera esas escaleras, nunca podía sobreponerse a la sensación de frío húmedo que se colaba hasta sus huesos.

–¿Y cómo está la enfermera Fullerton? –preguntó, con tono despreocupado.

–Oh. Bien, creo. Trabajando duro como todos –respondió Jocelyn.

–No suena muy segura.

–No puedo ver dentro de su cabeza –comentó ella.

–Es una lástima –dijo el director Crawford, con una risa breve–. Parecía bastante perturbada después de tratar al señor Heimline ayer. Tuve que calmarla durante una hora después de eso.

Jocelyn tragó saliva; Madge no le había contado nada acerca de ese episodio. Era extraño que le ocultara algo dramático.

–Es la primera vez que escucho al respecto.

–Mmm –el director se encogió de hombros y la condujo por los

últimos dos tramos de la escalera hacia el enorme arco—. Debe haberse recuperado por completo, entonces. Olvide que lo mencioné.

Era poco probable que lo olvidara, pero Jocelyn intentó no obsesionarse con los problemas de Madge al darse cuenta de que una vez más se dirigían a la habitación de Lucy. Normalmente, Crawford se detenía mucho antes de la puerta de la niña, consciente de que solo verlo fugazmente podía provocar que Lucy entrara en un pánico sin control.

Pero esta vez fue directo hasta la puerta sin vacilar y les hizo señas a dos auxiliares para que se acercaran. Se detuvo y giró para observar a Jocelyn por encima del hombro.

—¿Por qué no nos espera en la sala de operaciones siete, enfermera Ash?

—Pero Lucy siempre está tan calmada cuando yo...

—Nos esperará en la sala de operaciones siete.

Jocelyn cerró la boca de golpe y dio un diminuto paso hacia atrás ante la orden. Tuvo el descaro de vacilar, pero Crawford se quedó mirándola hasta que comenzó a irse, y en ningún momento apartó sus ojos de ella mientras recorría el pasillo. Ella tampoco desvió su mirada, observando por encima de su hombro mientras los auxiliares abrían con un chirrido la puerta oxidada que daba a la habitación de Lucy.

La entrada de la sala de operaciones obstaculizó su visión del pasillo. El último sonido que oyó antes de pasar fue un único alarido desgarrador.

xxxxxx

Era una pesadilla. Estaba paralizada; seguía en su cuerpo pero no en su mente y observaba como si su alma hubiese salido y ahora flotara justo encima del suelo. ¿Por qué no podía moverse? Era miedo, lo sabía... miedo y una intensa y aplastante sensación de fracaso.

Lucy, Dios la bendiga, estaba amarrada a la mesa de operaciones con una odiosa mordaza que hacía rato había sofocado sus gritos.

Las uñas de Jocelyn se le clavaban en las palmas de las manos y tenía la boca húmeda y pegajosa detrás del barbijo blanco de papel. Los ojos negros y vidriosos de la niña miraban fijamente hacia arriba, a la luz que colgaba encima de la mesa, y reflejaban los perfectos círculos amarillos. Se había quedado inmóvil. Eso era peor. Al principio, cuando la arrastraron hasta allí, había pateado y gritado y forcejeado, pero ahora, al ver la resignación en sus ojos bien abiertos, Jocelyn sintió que se había dado por vencida.

Quiere abrirla y sacar lo que está adentro.

Un escalofrío impulsó a Jocelyn hacia delante hasta quedar bajo la fuerte luz que estaba sobre la mesa de operaciones. Los auxiliares que se encontraban allí para asistir, también vestidos de blanco y con las bocas cubiertas por pulcros barbijos, se detuvieron con las manos en el aire, mirándola fijamente. El director Crawford también dejó lo que estaba haciendo y apoyó la sierra para huesos.

—Todavía no se requiere su participación en el procedimiento, enfermera Ash —le dijo con delicadeza—. Puede apartarse.

La sala estaba fría. Demasiado fría. ¿Cómo podía operar con manos firmes si parecía que todos estaban revestidos de hielo? Y ahora, por encima del barbijo que cubría la mitad del rostro del director, Jocelyn podía ver solo sus ojos. Solo sus ojos y se veían diferentes. Filosos. Como una navaja que la cortaba con la misma falta de reparo con que iba a cortar a la pequeña Lucy.

La pequeña Lucy que aún no hablaba, pero que sonreía cada vez que podía ver los pájaros afuera y sonreía un poco más cuando Jocelyn la llamaba su "gorrión".

—¿Es... es esto realmente necesario? Ha estado mejorando, señor. De forma constante. Usted lo ha visto, sé que es así. ¿Por qué...?

—Puede apartarse.

No deje que me abra la cabeza.

—No —dijo Jocelyn. Le tembló la voz, pero se obligó a continuar. Esto

era lo único que importaba. Lucy y hacer lo correcto por ella eran lo único que importaba. Por esto se había hecho enfermera. Por esto había permanecido en ese oscuro y horrible hospital en primer lugar—. No, señor, no puedo dejar que haga esto. No existe ninguna justificación médica para este procedimiento. Sabe que no está bien. Ambos sabemos que no está bien.

El director Crawford se volvió para enfrentarla y explotó con un grito repentino que la hizo retroceder sobresaltada. Se arrancó el barbijo casi rugiendo con indignación.

—¿Se atreve a cuestionarme? ¿Se atreve? —todo el cuerpo del director se sacudía y sus ojos se veían más grandes, más negros y más penetrantes que nunca. Miró hacia abajo, notando el pronunciado temblor de sus brazos—. Muchacha estúpida. Ya no se podrá hacer nada hoy —gruñó otra vez y les hizo un gesto distraído con la mano a los auxiliares—. Limpien todo. Salgan de aquí.

Uno de los auxiliares se aclaró la garganta y arrastró los pies.

—Pero, señor, la terapia electroconvulsiva...

El director se volvió y golpeó con sus manos la bandeja que tenía el instrumental, haciendo que los brillantes objetos de metal salieran volando en todas direcciones. El ruido los sobresaltó a todos.

—¿Hay alguien en este edificio de mierda que todavía me escuche?

Jocelyn se quedó mirándolo, respirando tan fuerte que su barbijo se inflaba y se desinflaba contra su boca, como un fuelle. La voz de Crawford resonó en la pequeña sala de operaciones. Los auxiliares también se habían quedado en silencio, estupefactos.

—Usted —dijo el director finalmente, serenando su respiración y señalando a Jocelyn—. Fuera. Y ustedes dos, ayúdenme a recluir otra vez a esta paciente.

XXXXXX

—No me contaste lo que sucedió con Dennis Heimline.

Jocelyn no tuvo la intención de sonar tan fría, pero necesitaba hablar de algo, cualquier cosa, para dejar de pensar en lo que había visto en la sala de operaciones siete. Él iba a operar. A Lucy. Iba a operar a Lucy y era absolutamente innecesario.

Lucy tenía razón. ¿Por qué está tan ansioso por operarla?

Madge caminaba de un lado a otro junto a la escalera de la entrada trasera de Brookline. Era uno de los pocos lugares donde las enfermeras podían tener un poco de privacidad. Y era uno de los pocos lugares donde Madge podía fumar un cigarrillo a escondidas sin que la enfermera Kramer le diera un sermón. Jocelyn detestaba que su amiga estuviera fumando tanto, pero le envidiaba el alivio que le proporcionaba el vicio. Quizás debía adoptar uno propio.

–Él solo... Me atacó.

Madge se detuvo para contemplar la ciudad distante. Camford llegaba hasta la colina donde se encontraba Brookline y el resto de la universidad. A Jocelyn le resultaba extraño siquiera pensar en la vida universitaria que los rodeaba. Los estudiantes evitaban acercarse a Brookline como si fuese contagioso. Comenzaba a entender por qué.

–Estaba hablando acerca de White Mountains otra vez –continuó Madge, contemplando el extremo encendido, rojo y brillante de su cigarrillo–. Y entonces, algo simplemente cambió y ya no era él mismo. Dennis es raro, pero inofensivo. Nunca me ha amenazado, nunca ha dicho nada que pudiera asustarme en lo más mínimo. No sé lo que sucedió... En un momento estaba diciendo que White Mountains esto y White Mountains aquello, y entonces se abalanzó sobre mí. ¡Me agarró del cuello, Joss! Fue horrible –se estremeció mientras le daba otra larga calada al cigarrillo–. Quiero posarte. Eso fue lo que dijo. Dios, fue tan, tan horrible. Quiero posarte, serías tan hermosa.

–¿Por qué no me lo contaste? –preguntó Jocelyn en voz baja. Estaba sentada en la escalera, protegiéndose de la llovizna bajo un alero corto de tejas.

–Has estado tan obsesionada con Lucy... No quise preocuparte.

–Sí, bueno, ya no tienes que pensar más en eso –Jocelyn se apretó el tabique entre el pulgar y el índice y suspiró. Había tenido que intervenir, pero ¿quién protegería a Lucy del director ahora?–. Realmente lo estropeé, Madge. Probablemente me despedirán y nunca volveré a trabajar con Lucy otra vez.

Su amiga lanzó el cigarrillo contra el tronco húmedo de un árbol. Se sentaron juntas en la escalera y Madge puso su brazo sobre los hombros de Jocelyn.

–Si te sirve de algo, creo que hiciste lo correcto. De todas formas, escuché a Kramer chismeando con una de las otras chicas. Parece que Crawford quiere que trabajes con un paciente nuevo que está por llegar. Tal vez no puedas ayudar a Lucy, pero quizás este paciente sea más fácil.

Jocelyn asintió y se tragó su cínica réplica.

–Bueno, belleza, me voy –dijo Madge y se inclinó para abrazar a Jocelyn con un brazo. Se puso de pie y se sacudió el uniforme salpicado de lluvia–. Crawford quiere verme. Otra vez. Creo que el viejo asqueroso está enamorado de mí, o algo así.

–¿Por qué quiere verte? –preguntó Jocelyn deprisa. No podía explicar su repentina sensación de temor.

–Algo acerca de Dennis. Dice que tengo que “verlo” ahora, lo que sea que signifique eso –sonaba triste. Resignada–. Dice que tengo que ver lo fuera de sí que está Dennis, que no hay esperanza para él. Dice que cuando no hay esperanza, solo hay supervivencia. Ya sabes –se detuvo con la puerta abierta y movió sus labios carnosos hacia un costado–. Creo que sí voy a oscurecerme el cabello. Podría verme como Jackie, ¿no? Quizás me sentiría mejor con un poco más de glamour en mi vida. Voy a ver qué piensa Tanner. Tenemos otra cita esta noche. Apuesto a que esta vez sí iremos hasta el final.

x x x x x

–Ash. Enfermera Ash. Ajá. Como ceniza en inglés. Un nombre apropiadamente macabro para este encantador calabozo.

Jocelyn observó al nuevo paciente parpadeando, mientras estudiaba su contextura alta y delgada, su cabello negro peinado de forma despreocupada y sus ojos de un color verde casi artificial. Si fuese uno de los auxiliares, entraría de inmediato en la lista de Madge de candidatos a seducir. Hasta Jocelyn tenía que admitir, en secreto y avergonzada, que le parecía increíblemente bonito. Bonito, porque había algo fluido y femenino en su cuerpo y sus manos, y la forma en que se apoyaba contra la cama blanca desocupada, con los brazos cruzados sobre el pecho y las piernas cruzadas a la altura de los tobillos.

–No me quejaré si tomarse todo esto con humor lo ayuda –dijo Jocelyn alegremente–. Tendremos que conocernos –agregó, mientras consultaba el detallado historial que tenía frente a ella. Eso era agradable, al menos, saber algo acerca de esta persona, a diferencia del pasado extrañamente vacío de Lucy. O de Dennis–. Y prefiero que mis pacientes estén de buen humor, si es posible. Dispuestos a cooperar, al menos.

–A la orden –murmuró mientras hacía un saludo militar. Sus labios se acomodaron formando una sonrisa de suficiencia, que era su posición natural de reposo–. ¿Y cómo maneja el Gran Buque Loquero? ¿Con mano dura o relajada?

Movió las cejas arriba y abajo, pero eso no era suficiente para alterarla, ni mucho menos. El viejo señor Goldblatt de la habitación 16 flirteaba de forma escandalosa, utilizando terminología sexual y expresiones que ni siquiera Madge podía descifrar.

–Sé que esto debe ser difícil para usted –comenzó Jocelyn, mientras echaba otro vistazo al historial y a su motivo de ingreso. Eso era nuevo. Por fortuna, su único trabajo era administrarle las medicinas que los médicos le recetaran y controlar que estuviera bien de vez en cuando. Curarlo no era su trabajo. Y quizás era lo mejor, ya que estaba claro que últimamente no podía curar a nadie ni a nada.

DESMOND, CARRICK ANDREW

SEXO: MASCULINO

MOTIVO DE INGRESO: PREFERENCIAS SEXUALES ANTINATURALES

Bueno, eso abarcaba un amplio espectro.

El chico debió notar que los ojos de Jocelyn se agrandaban, ya que comenzó a reír enseguida y dijo:

–Me atraparon en la cama con el chico de al lado. Bien, el joven de al lado, en realidad. No soy tan perverso.

–No creo que sea un perverso en lo más mínimo, señor Desmond –respondió ella, con la misma facilidad. Levantó los ojos del papel rápidamente y enfrentó la mirada brillante y desafiante del chico–. No me gustan ese tipo de palabras. Solo sirven para humillar. Y el tratamiento no tiene nada que ver con la humillación.

Él arqueó mucho sus cejas pobladas, sorprendido. La miró como si pudiese ver el interior de su mente.

–Me sorprende, enfermera Ash. Pero de la mejor manera.

Jocelyn sonrió, acostumbrada al coqueteo de los pacientes, ansiosos por caerle bien para esquivar las reglas.

–Por favor, hágame saber si tiene algún problema para instalarse. Adaptarse a la vida aquí puede ser... –espantoso. Imposible–. Complicado.

–Oh, confíe en mí, no es nada que no pueda manejar. Fui engendrado por carceleros.

Jocelyn retrocedió unos pasos hacia la puerta con una mueca en el rostro.

–Me temo que la vida debe haber sido muy injusta con usted.

Sus ojos, verdes y radiantes, se fijaron en ella nuevamente a través de una cascada de cabello oscuro.

–Me temo que es muy injusta con todos. Usted puede no pensar que soy un perverso pero, por desgracia, usted no es la que manda aquí. No es la que tiene las llaves.

–Volveré a verlo pronto –dijo ella, y se marchó antes de que pudiese tentarla a quedarse.

La puerta se cerró tras ella y menos de un segundo después oyó el grito. Conocía ese grito. La había despertado y había permanecido en sus pesadillas desde entonces.

Lucy.

No, pensó mientras corría por el pasillo. No permitas que la opere.

CAPÍTULO

No 8

Llegó demasiado tarde, por supuesto. Sabía que así sería, incluso al correr por el pasillo. Casi se estrelló contra la enfermera Kramer, que se había situado como un centinela junto a la escalera que llevaba al sótano.

–No se permite bajar a nadie en este momento –le dijo severamente, mientras extendía los brazos a los lados, como un jugador de béisbol en primera base para impedir que Jocelyn pasara a la fuerza–. A nadie.

–Necesito ver a Lucy. Está gritando.

–Hay otras enfermeras con ella –la enfermera Kramer cerró la boca de golpe y su rostro rollizo se sacudió hasta quedar inmóvil–. No es necesaria su presencia.

–¿Qué otras enfermeras? Yo debería estar con ella.

–La enfermera Fullerton, por lo pronto. Solo cálmese, Ash, y vuelva al trabajo. No quiero verla en este pasillo por el resto de la tarde, ¿me comprende?

Lucy gritó nuevamente, más fuerte esta vez, un sonido crudo, desamparado, que le atravesó todo el cuerpo. No, no, no. Se suponía que debía protegerla. Se suponía que debía asegurarse de que nada peor le sucediera a esa niña.

–Necesito que diga que me comprende, enfermera Ash.

Jocelyn levantó las manos mientras se alejaba con paso airado.

–Comprendo. Comprendo, si eso es siquiera posible en este infierno.

Dio vuelta a la esquina y desapareció en el interior del mostrador de las enfermeras. Quizás si esperaba lo suficiente, la enfermera Kramer tendría que tomar un descanso para ir al baño y eso le daría a Jocelyn una oportunidad. Pero para entonces sería demasiado tarde. Realmente

tarde. Aun así, se puso a organizar hasta que no quedó nada que organizar. Recibió recetas de medicinas y repartió dosis en el dispensario. Incluso caminó de un lado al otro del pasillo. Todo el tiempo, se mantuvo lo más cerca que pudo de la escalera, pero Kramer se negaba a ceder.

Para las cinco de la tarde los gritos habían cesado y Jocelyn solo podía preguntarse qué le habían hecho a Lucy.

Lo siento, gorrioncito.

Su ira se volcó hacia el director Crawford y luego hacia Madge, igual de rápido. ¿Cómo podía ser parte de esto? ¿No adoraba a Lucy tanto como Jocelyn? Las lobotomías eran el más absoluto último recurso. Las cirugías de cualquier clase eran el último recurso. E incluso si una lobotomía fuera necesaria, existían métodos más sencillos, más modernos, que definitivamente no involucraban una sierra para huesos. Lo que fuera que estuviese sucediendo en el sótano, Jocelyn tenía que ponerle fin.

Pero todo lo que podía hacer era esperar. Vio a las enfermeras ir a cenar y regresar. No había señales de Madge. ¿No tenía una cita? Era extraño que se perdiera algo como eso, en especial porque no podía dejar de hablar de Tanner y sus preciosos ojos azules ni por quince segundos.

Pero las horas se fueron desdibujando y, como se había salteado el almuerzo, la cena y todos los descansos para tomar café entre medio, Jocelyn estaba agotada. Estaba exhausta. El sueño la tomó por sorpresa. El resplandor de las lámparas de halógeno de bajo voltaje que se encendían en el vestíbulo después de hora la adormeció de una forma que no había anticipado ni querido. No soñó nada y descansó poco; solo había oscuridad y la repentina caída hacia la inconsciencia.

Y luego escuchó risas.

Suaves, al principio, distantes, y por un confuso y somnoliento momento, Jocelyn creyó que finalmente había empezado a soñar. Pero

las risas continuaron, más fuertes, más agudas. Era la risa de Madge. Levantó la cabeza de golpe y el hilo de saliva que iba de su labio inferior a su antebrazo se quebró. Se había acurrucado contra el mostrador del dispensario, con las rodillas dobladas en el segundo escalón del taburete. Entonces se frotó los ojos y el rostro para hacer circular la sangre y devolverle la sensación a su cuerpo.

Volvió a oír la risa, un sonido femenino y seductor, que provenía de las profundidades de Brookline. También había voces, pero se oían apagadas y eran incomprensibles a tanta distancia. Jocelyn se bajó a los tropezones del taburete y se quitó los zapatos, ya que corría mejor solo con medias, y se apresuró hacia las escaleras. La enfermera Kramer se había marchado hacía tiempo, por supuesto; se había ido a cenar y luego a dormir. Unos pocos auxiliares y enfermeras circulaban por la planta principal, pero no parecieron notar a Jocelyn que avanzaba dando traspiés hacia la escalera.

Una vez más, se sumergió en el frío y, una vez más, combatió el insidioso pavor que la impregnaba como una brea pegajosa. Abandonó sus zapatos de suela dura en uno de los escalones inferiores y, con las manos libres, se dirigió en silencio hacia el arco y hacia la risa suave y sinuosa que provenía de allí.

Las voces se oían mejor ahora y Jocelyn pudo distinguir las palabras. No había auxiliares que la detuvieran cuando cruzó el arco que delimitaba el pasillo.

–Es-espera... ¿Qué estás haciendo? ¿Madge? ¿Qué haces?

Tanner. Jocelyn podía oír el pánico en su voz, el temblor agudo que lo hacía sonar como un niño asustado. Corrió más rápido, intentando no resbalar y caer con los pies sudados y cubiertos por las medias. ¿Dónde estaban? Jadeaba, sin aliento, mientras ignoraba el hecho de que el corredor se iba oscureciendo, cerrándose; más como un túnel con una minúscula luz al final. Pero se detuvo de golpe cuando los pacientes comenzaron repentinamente a gritar, como solidarizándose con la risa de Madge. Como un refrán de apoyo salvaje y terrible.

Y luego se volvió un canto. No podía oír los alaridos de Lucy, pero sí a los demás, Dennis y su clase, cuyos gritos se fundieron en la misma frase que había escuchado aquella horrible primera noche.

–Ayúdala, ayúdala, ¡AYÚDALA!

Los encontró en la sala de operaciones siete.

Jocelyn saltó hacia la puerta y afianzó sus pies resbaladizos e inestables tomándose del marco y lanzándose hacia adentro. No quería paralizarse. Era el peor momento para paralizarse. Sin embargo, no podía moverse. Madge estaba allí, de pie sobre la misma mesa de operaciones donde Lucy había estado atada y amordazada. Y debajo, con los brazos abiertos como para atraparla si caía, Tanner se movía con cuidado hacia adelante y hacia atrás, con la vista fija en Madge, que se tambaleaba sobre la mesa con ruedas.

–Cuidado, muñeca –dijo Madge con una risita. En su mano derecha tenía un martillo reluciente de acero inoxidable, la clase que se utilizaba con un orbitoclast para realizar lobotomías–. ¡Vas a caerte! ¡No te caigas y te lastimes esa cara bonita!

–Déjame bajarte de ahí –decía Tanner, mientras se humedecía los labios nerviosamente e intentaba acercarse a ella con cuidado.

Pero ante el más mínimo movimiento de Tanner, Madge se tambaleaba y la mesa temblaba, amenazando con hacerla caer al piso. Su amiga balanceó el martillo, primero hacia Tanner y después al aire frente a ella.

–¿Por qué no bajas? –le suplicó Tanner. Su frente brillaba con sudor.

El canto de los pacientes se volvió más fuerte, ensordecedor, y se aceleró. Jocelyn se movió lentamente y con cuidado hacia el interior de la sala de operaciones, con las manos levantadas en un gesto apaciguador.

–Lo vi –decía Madge. Sonaba atemorizada. Pequeña–. Vi a Mickey Mouse, ¿pero dónde estaba Minnie? No estaba ahí. Y ella es tan, tan

bonita. Tan bonita. Pero ahora está rajada. Ahora está rota.

Jocelyn casi había llegado hasta el sector iluminado por los focos quirúrgicos, pero Madge no lo había notado, y seguía meciéndose precariamente sobre la camilla, con los brazos levantados y balanceando el martillo como un péndulo.

–Solo baja de ahí y podremos hablar –Tanner intentaba persuadirla, a la vez que seguía listo para atraparla en caso de que cayera, lo que cada vez parecía más probable.

Jocelyn se preguntó si podría de alguna forma trepar a la mesa y taclear a Madge, derribarla con cuidado y quitarle el arma al mismo tiempo. Pero parecía difícil de lograr sin que las dos golpearan el suelo desde cierta altura o sin que Madge la golpeará por accidente con el martillo.

–¡Pero él dijo que iba a ver! –gritó Madge.

Eso solo hizo que el canto de los pacientes se volviera más fuerte, resonando en la cabeza de Jocelyn y golpeándole la nuca.

–Ayúdala, ¡ayúdala!

–Cuidado, muñeca –susurró Madge, riendo, y su voz se fue volviendo histérica–. ¡Cuidado, muñeca! ¡Cuidado! ¡Vas a caerte! ¡No te caigas y te lastimes esa cara bonita!

Jocelyn vio que el martillo se elevaba con más determinación; decía Freeman estampado en el brillante metal. Tanto Jocelyn como Tanner saltaron hacia la mesa demasiado tarde. Madge se golpeó al balancear el martillo hacia arriba, que chocó directamente contra su boca. Sus dientes se hicieron añicos y los pequeños trocitos blancos cayeron sobre ellos, como una lluvia de arena. Jocelyn levantó las manos, gritando, mientras veía, a través de sus dedos extendidos, cómo el martillo caía nuevamente, esta vez justo en el centro de la frente de Madge.

Todavía estaba riendo, riendo y riendo. Pum.

Tanner la sujetó de los tobillos y la bajó hasta el suelo lo mejor que

pudo, esquivando los martillazos que llovían indiscriminadamente. Mientras él la bajaba, Jocelyn intentó alcanzar el martillo, pero Madge forcejeó y su risa se convirtió en una estridente armonía de alaridos. Su amiga la esquivó y se sacudió, mientras se golpeaba la frente con el martillo una y otra vez, hasta que Jocelyn recibió un martillazo en el hombro también y finalmente pudo quitárselo de las manos.

El martillo le había abierto la piel y el profundo y oscuro hematoma se extendía como una sombra en forma de tela de araña desde el centro de la frente de Madge. La sangre los cubrió a los tres, mientras Jocelyn y Tanner le sujetaban los brazos y la sostenían. La risa de Madge se fue apagando, al igual que la luz de sus ojos.

–M-Madge, Madge, ¿puedes respirar? Oh Dios, ¿puedes respirar? Solo quédate conmigo, buscaré a alguien... Buscaré ayuda. Te buscaré ayuda.

Jocelyn rasgó una tira de su uniforme e intentó limpiar la sangre que corría sin parar y detener la hemorragia desde su epicentro.

Pero la sangre se derramaba por el rostro de Madge, bifurcándose en su nariz, se le metía en la boca, caía sobre Jocelyn, goteaba hasta el suelo, tan roja que parecía negra.

–Me caí y me lastimé mi cara bonita –balbuceó y sus palabras se enredaban por los dientes rotos que le quedaban–. Supongo que consiguió lo que quería.

–Resiste, Madge. Sé que es malo, solo... Por favor, resiste.

–¿Por qué? –susurraba Tanner. Una y otra vez–. ¿Por qué? ¿Por qué?

Una sombra los cubrió, consumiendo la exigua luz amarilla de las lámparas quirúrgicas. Madge estaba inmóvil en sus brazos y los alaridos de los pacientes por fin habían menguado. Jocelyn sintió una mano pesada sobre su hombro. La del director.

Se estremeció, e intentó apartarse.

–Sin duda ahora puede verlo, enfermera Ash –dijo–. A veces, realmente no hay esperanza. ¿Qué podría haber hecho? ¿Qué podríamos

haber hecho cualquiera de nosotros? Si no hubiésemos tranquilizado la mente de Lucy, si no le hubiésemos dado la paz que no podía darse a sí misma, podría haberse hecho algo tan horrible como esto. Dennis... Dennis podría escapar en cualquier momento.

–Yo no... Madge no se hizo esto a sí misma –Jocelyn no podía mirar hacia abajo. No podía mirar el rostro quebrado de su amiga. Tenía la piel tan fría; las dos estaban tan frías que eso hacía que la sangre y las repentinas lágrimas se sintieran más calientes. Le ardían–. Ella no hizo esto. No le sucedía nada malo. Sé que no le sucedía nada malo.

Oyó pasos. Echó un vistazo hacia un lado y vio a dos auxiliares que entraban en la sala de operaciones siete.

–Acompañen al señor Frye a su habitación, por favor –dijo el director Crawford y lo miró chasqueando la lengua, mientras apretaba el hombro de Jocelyn tan fuerte que ella sintió que se le partían los huesos.

–Me gustaría que se quedara –susurró Jocelyn–. Madge... realmente lo quería.

–Es mejor que se vaya.

No le dieron elección. Las miradas de Jocelyn y Tanner se cruzaron mientras los auxiliares lo arrastraban lejos de Madge con los lentes torcidos y la boca abierta para pedir ayuda. Pero entonces la puerta se cerró y Jocelyn se quedó a solas con el director, con Madge inmóvil y sin vida en sus brazos.

–Se iba a teñir el cabello como Jackie Kennedy –murmuró Jocelyn mientras apartaba un mechón de cabello rubio de la mejilla de Madge–. Quería ser glamorosa.

–Qué lindo.

–A usted no le interesa –gruñó Jocelyn–. No le interesa Lucy. No le intereso yo, ni le interesa Madge. No le interesa nada.

–Bueno, eso no es cierto –respondió con ternura, con dulzura, y se puso de cuclillas frente a ella. Extendió el brazo y Jocelyn se puso tensa

cuando la tomó del mentón con la mano y la obligó a levantar la mirada y ver sus ojos fríos e inmóviles—. Me interesa el futuro. Me interesa cerciorarme de que este tipo de situaciones no vuelvan a suceder jamás; no tiene sentido, ni utilidad.

Jocelyn no podía discutirle eso, pero tampoco podía seguir mirándolo. No pude ayudarla. Ese era el único pensamiento que ocupaba su mente. No pude ayudarla.

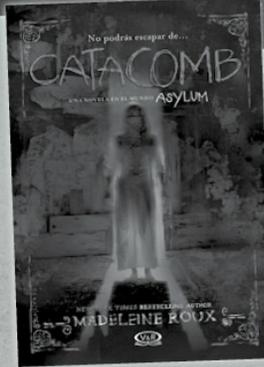
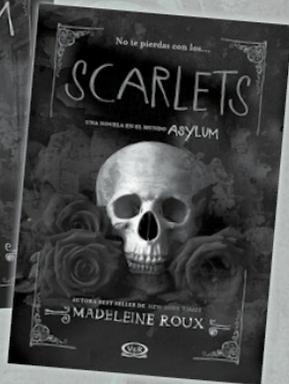
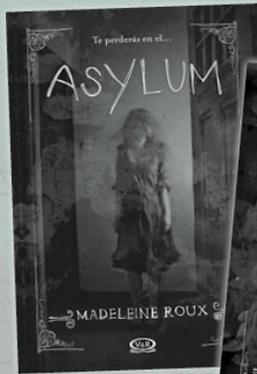
No había ayudado a Lucy y definitivamente no había ayudado a Madge. ¿Qué clase de enfermera era? ¿Qué clase de persona era?

—Calma —dijo el director Crawford. Jocelyn ni siquiera se había dado cuenta de que estaba llorando. Le sonrió de un modo dulce, paternal, y por un breve y espantoso instante, su presencia no la llenó de desasosiego—. Algunos pacientes son imposibles de ayudar —le dijo, mientras levantaba con cuidado a Madge—, pero no imposibles de utilizar. Aprenderemos de esto, enfermera Ash. Confíe en mí, con el tiempo aprenderá.

ACERCA DE LA AUTORA

Madeleine Roux es la autora de *Asylum*, best seller de *The New York Times*, que ha sido vendido a nueve países en todo el mundo y que *Publishers Weekly* describió como "Un gran debut para jóvenes lectores". *Scarlets*, *Los artistas de huesos*, *Sanctum* y *Catacomb* continúan la serie acerca de Dan, Abby y Jordan. Madeleine también es la autora de *Allison Hewitt Is Trapped* y *Sadie Walker Is Stranded*. Tiene un Máster en Bellas Artes de *Beloit College* y, en la actualidad, Madeleine vive en California del sur.

INGRESA A
ASYLUM



Una experiencia de lectura alucinante que
desdibuja los límites entre la genialidad y la locura.

AUTORA BEST SELLER DE **THE NEW YORK TIMES**

MADELEINE ROUX

 [SagaAsylum](#)

Índice

[Prólogo](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Acerca de la autora](#)